

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XLVIII

Madrid, 15 de Octubre de 1904

NÚM. XXXVIII



EL GENERAL STOESEL,
HEROICO DEFENSOR DE PORT-ARTHUR.

Don Isidoro de Carlos y Hierro, hijo del fundador de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA y hermano político del actual Director de esta Revista, ha fallecido en Madrid el día 7 del actual.

La anticipación con que necesariamente se hace la confección y ajuste de nuestros números, impiden dedicar hoy mayor espacio á tan lamentable desgracia, que en esta Redacción todos sienten como propia, identificados cordialmente al dolor que experimenta la familia del finado.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. Carlos Luis de Cuenca.—Dos golfos, dos caminos y dos sueños, por D. José Echeagaray.—Juanita la Musa, por don José Zahonero.—Luzcena, poeta, por D. M. R. Blanco-Belmonte.—La reina Isabel de Rumania, por D. Juan Fastenrath.—El coronado, por D. Félix Vidal.—Suicidios.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por 546.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato del general Stössel, héroe defensor de Port-Arthur.—La guerra ruso-japonesa: Bases presadas por los cosacos. Mukden: Entrada á Fu-Ling, donde está la tumba del fundador de la dinastía manchú. El sitio de Port-Arthur: Artilleros japoneses arrojando una pieza tomada á los rusos.—Retratos de los Ecelesiásticos Sres. D. Francisco Códora y Zaldívar, Ilustre arabista, y D. Julio Domingo Bazán, general de división.—Bellas Artes: El viaje de Adebé, dibujo de J. Tubilla. Cuartel de guerra, dibujo de Medina Vera. Escultura del mar, cuadro de P. Salinas.—Retrato de S. M. la Reina Isabella de Rumania.—Nápoles: Inauguración del monumento á Garibaldi, del escultor César Zocchi.—Jarrones artísticos, por José C. Ortiz.

CRÓNICA GENERAL.

—¿Qué asunto ha de ser el preferente en esta Crónica?

—Según: para los aficionados á la alta política internacional, la firma y el alcance del convenio con Francia acerca de Marruecos; para los hombres de ley, la modificación gravísima que de esbozo se trata de introducir en la legislación hipotecaria, y que apenas mencionan los periódicos; para los farmacéuticos, el Congreso que celebra su corporación en Zaragoza; para los bilbaínos, la peregrinación al santuario de Begoña y los incidentes que produjo; para los políticos de partido, las conferencias que celebran algunos personajes á fin de soldar, si es posible, el antiguo partido sagastiano; y no falta quien anteponga á todo el derecho á cenar en Fornos, pasadas las dos de la mañana, que sostienen como un derecho natural del hombre algunos apreciables redactores de periódicos y otros respetables trasnochadores.

—Expresé usted su opinión acerca del tratado relativo á Marruecos.

—¡Qué más quisieramos que poder darla cuantos escribimos de estas y de las cosas más graves que ocurren en el mundo. ¡Pero nadie, salvo los elegidos para guardar estos secretos, conoce el texto del convenio que nos liga con la República francesa.

—Sin embargo, los periódicos extranjeros le aplauden ó le atacan.

—Era el asunto diplomático del día, y cuando un asunto se hace de actualidad, la prensa, conócalo ó no, tiene que tratarlo. Declaro ingenuamente que no me atrevo á dar opinión respecto del convenio por lo que suponen otros que acaso estén tan en ayunas como yo. Si sé, por lo que ocurre siempre en esta clase de tratados, que lo pactado en él, sea lo que fuere, nos obliga, más que á Francia y á Inglaterra, y pedimos á Dios que nuestros compromisos sean llevaderos.

—Pues diga usted algo de esa reforma de la ley hipotecaria.

—Digo que los derechos fiscales que se trata de proteger son dignos de respeto, pero que todos están amparados por la ley; lo que no está amparado son las ocultaciones maliciosas, hechas contra los legítimos propietarios por gente hábil que les ha ocultado sus derechos para que prescriban y caer sobre la presa, y sería injusto una reforma protectora de las usurpaciones mañosamente preparadas.

—Poco dice usted.

—Porque no dispongo de mucho espacio para tanto material aglomerado.

—Sólo el Congreso de farmacéuticos ocuparía su sección.

—Se tratan en él dos clases de cuestiones: las que afectan al gremio y su organización, que sólo

interesan á la clase, ó las que tienen relación con el público, es decir, con la salud, y éstas importan á todos, desde el individuo hasta la colectividad. Además, hay en el farmacéutico dos naturalezas: el hombre de carrera ó de ciencia, y el comerciante; como hombre de ciencia, tiene privilegio de hidalguía y podía usar espada; como expendedor de productos, tratara seguramente de sacar la utilidad mayor al capital. Todos confiamos en el boticario como en el médico, respecto de la parte científica de su profesión; pero en su calidad de mercader no estamos tan satisfechos, por la variedad de precios que en una misma población y en diversas farmacias se fija á una receta, y que nuestra ignorancia no se explica. Sin embargo, nos guardaremos bien de atribuirlo á mala parte; porque, así como decía Campoamor que quien no teme á su mujer no teme á Dios, aseguramos que quien no cree en el farmacéutico no puede vivir tranquilo. Unanse y defiéndanse, que al fin y al cabo representan una clase de las más necesarias y que no piden descanso para cumplir con su deber.



—La peregrinación al santuario de Begoña...

—Terminó en Bilbao sin los disturbios que se temían, aunque hubo algunos choques, algunas contusiones y no pocos detenidos, atribuyéndose la relativa tranquilidad á las precauciones militares tomadas para impedir cualquier desmán. Esto al menos se desprende de la lectura de los partes y de las referencias de la prensa; que nada inventamos, ni tampoco podemos afirmar. Sólo parece cierto que los ánimos estaban excitados: los liberales sosteniendo que la peregrinación era un pretexto para provocarles con el recuerdo de lo ocurrido el año último, y los organizadores de la peregrinación, que no hacían sino ejercitar un derecho amparados por las leyes, que aquellos trataban de perturbarles sin razón. No podemos juzgar las intenciones: limitémonos á felicitar á Bilbao por no haberse dado la batalla que algunos anunciaban, y á declarar que las agresiones contra los peregrinos para arrancarles las medallas fueron los únicos actos de violencia.



—¿Y lo de Fornos?

—Si hubiera sido gobernador de Madrid el que esto escribe, como sus ideas acerca del trasnochar son de las más radicales, y cree que la hora verdadera de cenar es á las tres de la mañana, no hubiera habido caso. Pero dada la orden de cerrar los establecimientos públicos á las dos por quien tenía atribuciones, sólo procedía cumplirla, por no estatuir ninguna ley el derecho á cenar en el café á las horas en que la autoridad manda que se cierren.

—¿En qué quedamos?

—Pues bien claro lo dije. No me gusta la orden del Conde de San Luis, pero me gusta menos la forma en que protestan los que cenaban en Fornos, por no corresponder el disturbio que promueven á la contrariedad que sufren, ni el número de los que protestan al de los que cenan: sobre todo, es un ejemplo deplorable el que nosotros, fiscalizadores de la autoridad y sus agentes, nos atribuyamos derechos que no disfrutamos los demás ciudadanos, faltando al respeto á las autoridades confiadas en el arma de la prensa. Sobre todo, fijémonos en la crisis de la carestía, y veremos que parece pálida la cuestión de la hora en que hemos de cenar unos pocos, habiendo en Madrid tantos que no cenan, hasta entre los encargados de cumplir la orden del Sr. Gobernador.

—Se invoca como derecho la costumbre.

—Ni aun eso es cierto: los intelectuales, los grandes intelectuales no cenaron, sino por excepción; no cenar: eso es lo clásico.

—Sucede en esto como en todo: unos lo emplean y otros lo desnaturalizan: lo que iniciaron personas agradables y simpáticas, lo utilizan después otros menos gratos; y, en fin, que sobre el derecho de cenar que se defiende, está el derecho que tienen los vecinos, y hasta los mismos guardias, de dormir.

—Todo es verdad; pero no todo ha de ser predicar resignación á los quejosos. Los partidos conservadores han pecado siempre por su tendencia á reglamentar la vida y rectificar lo que no es modificable, las costumbres, con lo cual sólo se consigue ser impopulares: que esto se arrostre por fines elevados, será tal vez político, aunque ruinoso para su poder; pero comprendo á los dictadores que se

imponen con el sable, y no á los porfiados que quieren conducir la sociedad á pescozones.



—Mucha edad debía tener D. Teodoro Guerrero.

—Como que el 23 de Junio de 1843 publicaba en la *Revista de Teatros*, periódico madrileño ilustrado, un artículo corto y muy romántico titulado «A la muerte de mi hermano Alfonso Guerrero», si bien no se expresa si el Alfonso era mayor ó menor, limitándose las noticias á decir que murió á los veinte años. Tenía entonces D. Isabel II trece años no cumplidos; terminaba la regencia de Epartero, y empezaba la que llamaron después «ominosa endécada» los progresistas. ¡Qué pocos escritores viven de los que firmaban entonces sus artículos! «¡Ah! Descansa—escribía Guerrero;—yo también he de morir y acaso tendré quien derrame una lágrima por mí... Descansa.» Estas profecías del morir se cumplen siempre, pero la suya se ha hecho esperar 61 años. Era habanero, y uno de los mejores mozos que paseaban por el Prado. Al adoptar el seudónimo de «Goliat» en algunos escritos, aludía á su estatura.

—Ossorio y Bernard, en su Catálogo de periodistas españoles, le hace colaborar en el periódico *La Nube*, de 1842, y dice que nació en 1824, y que fué poeta, autor dramático y novelista, y funcionario del orden judicial en Ultramar.

—No he cultivado mucho sus escritos para hacer un juicio formal de ellos: recuerdo haber leído una zarzuela suya, en tres actos y en verso, titulada *Carlos Broschi*, ó sea *Ferrinelli*, y algunas piezas cómicas representadas en el teatro de *La Alhambra*: su novela más leída fué la titulada *Anatomía del corazón*, y las que escribió en una biblioteca alternando con el ingeniosísimo Frontaura, de quien fué gran amigo. El libro de Guerrero que más lectores tuvo fué *El pleito del matrimonio*, en que colaboraron muchísimos ingenios. Fué uno de los mayores propagandistas de la moral de las familias.



—LA ILUSTRACIÓN está también de pésame.

—En efecto: D. Isidoro de Carlos y Hierro, uno de los hijos del fundador de esta revista, y digno del mayor cariño por sus condiciones de carácter, laboriosidad y modestia, ha muerto en la fuerza de la vida, produciendo la más triste impresión en cuantos teníamos el gusto de tratarle. Recita su desconsolada viuda, hijos, hermanos y toda la familia el pésame sentido que tan verdadera pérdida merece.



—La distribución de premios y la inauguración del curso académico en el Centro Instructivo del Obrero por S. M. el Rey, hizo muy buen efecto en los individuos de aquella sociedad...

—Y resultó un acto lúcido, por la presencia del Monarca y su séquito civil y militar y la significación de aquella ceremonia. Don Alberto Aguilera, presidente efectivo hace catorce ó quince años de aquel centro de cultura popular, merecería, sin otros títulos, gratitud y premio por el amor y constancia con que le ha dirigido y sigue conduciendo hacia su ideal educador. Hiciera cada hombre público un asilo como el de Santa Cristina, y consolidara y convirtiera en casa de enseñanza y centro de cultura una sociedad como la presidida en ese acto por S. M. el Rey, y quedarían remediados todos nuestros males, en lo que dependen de falta de instrucción y de recursos. Esta es la verdad. Con modestia y elocuencia hizo presentación al Rey de aquella Sociedad, de que es un padre. Grata debió ser para D. Alfonso la distribución de recompensas á los alumnos premiados, y grato escuchar la insuperable palabra del Presidente honorario Sr. Moret, constante protector de aquel centro instructivo. El Sr. Ministro de Instrucción pública contestó en nombre de S. M. á entrambos presidentes, y acabó el acto con una explosión de vivas al Rey y aplausos, de esos que no pueden olvidarse porque los dicta el corazón.



—El Centenario del *Quijote* se aproxima y no veo síntomas que lo anuncien.

—¡Lástima que su extensión no me permita incluir la carta que mi erudito amigo D. Juan Pérez de Guzmán, contestando á mi excitación para que se buscasen los registros de las cárceles de Sevilla y Valladolid, me da noticias algo desconsoladoras.

pero curiosas, acerca del asunto. Existe, según el ilustre escritor, en la sala de varios de la Biblioteca Nacional, un folleto escrito por D. José María de Zúñiga y Francia, publicado en San Sebastián el año 1834, en que se dice que a mediados del siglo XVIII se vendieron al peso por papel viejo todos los procesos anteriores al año 1700 que contenía el archivo de la Sala de Alcaldes. Por fortuna, siendo gobernador de dicha sala D. Andrés Valcárcel Dato, había mandado hacer un inventario general de aquellos procesos, y es lo único que consta en nuestro Archivo Histórico Nacional. De su estudio hizo el Sr. Pérez de Guzmán una serie de artículos en *La España Moderna*, «De la criminalidad en Castilla, cabeza de España, de las costumbres sociales en Madrid, sin corte durante el reinado de Felipe II», que ocuparon los números de Febrero, Abril, Junio, Agosto y Septiembre de 1899. En esos artículos puede verse lo poco que consta de dos procesos seguidos contra Cervantes «por cuestión y escándalos». La última causa criminal que se siguió en Madrid (la de Valladolid) contra Miguel de Cervantes, Diego de Miranda y otros, por cuestión y heridas según los inventarios, en 1605, no consta en el fondo, y perdido el proceso, es difícil colegir su contenido.

— Todo lo que dice el amigo Pérez de Guzmán es muy interesante.

— Es verdad; pero insisto, sin embargo, en la posibilidad de que se hallen los registros de las cárceles de Sevilla y Valladolid: de la primera, por no pertenecer a la Sala de Alcaldes de Madrid; y de una y otra porque pudieron no corresponder ambos libros sino al archivo de las cárceles, y no constar de todos modos que se vendieran los procesos de Sevilla. Y conservándose en la Academia de la Lengua el proceso de 1605, lo que prueba que cayó en manos salvadoras, ¿no pudieron tener igual suerte los registros? No desconfíen los investigadores, y agradezcamos al amigo Pérez de Guzmán sus noticias importantes.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

LA GUERRA RUSO-JAPONESA.

Páginas 209, 212 y 213.

En medio de los reveses que en esta primera campaña han sufrido las tropas moscovitas, deseella como dechado de heroicas defensas la de los sitiados de Port-Arthur. Sin esperanza de auxilio que venga a salvarlos del apurado trance, y convencidos, por lo tanto, de lo imposible de un éxito favorable, ni la desesperación desmoraliza a los sitiados, ni el sufrimiento los abate. Con admirable sentimiento del deber, con amor ardiente a la esencia de la patria, siguen luchando con el mismo ardor que anima al que mira cercana la victoria. Cualquiera que sea la predilección que se tenga por uno de los beligerantes, todo el mundo conviene en señalar como héroe indiscutible al general Stoessel, cuyo retrato publicamos en primera página.

De las escenas de la campaña damos además un grupo de cosacos que apresan reses, y otro de soldados japoneses que arrastran una pieza de artillería por una penosa pendiente para emplazarla en sus posiciones.

Damos también una vista de la entrada de Fuling (Mukden), donde está la tumba del fundador de la dinastía manchú.

Sabido es que en 1644 terminó en China la dinastía nacional de los Ming, por haber sido conquistado el país por los mandchú, que fundaron la dinastía de los Tai-Tchising, que todavía es la reinante.

Mukden (*la Floreciente*), también llamada Tsin y King (*la capital*), era desde 1621 la residencia de los Príncipes de la Manchuria.

D. FRANCISCO CODERA.

Página 214.

Al obtener su jubilación el sabio catedrático D. Francisco Codera y Zaidín, después de treinta y nueve años de profesorado, acordaron sus discípulos y admiradores dedicarle, como homenaje, un libro, en el que figurasen trabajos de orientalistas nacionales y extranjeros, y con ocasión de haber aparecido dicho libro, del que daremos cuenta en la sección correspondiente, publicamos el retrato del Sr. Codera.

En 23 de Junio de 1836, nació en Fonç (Lérida), y cursó sus primeros estudios en las Escuelas Pías de Barbastro, que luego continuó en el Seminario

Conciliar y en la Universidad de Zaragoza. Estudió cuatro años de Teología, y al propio tiempo la facultad de Ciencias, con tal aprovechamiento, que bien pronto fué profesor sustituto en las cátedras de Geografía y Física.

Al suprimirse en 1853 la facultad de Ciencias en la citada Universidad, comenzó la de Letras y la de Derecho. Una enfermedad le hizo suspender sus cursos, y al ir a convalecer a Barcelona, se despertó en él su afición a las lenguas vivas, y aprendió francés, inglés, alemán y vasco. Después continuó en Madrid la carrera de Derecho.

En 1.º de Agosto de 1863 tomó posesión de la cátedra de Latin y Griego de Lérida, que ganó por oposición, y después obtuvo la de Griego, Hebreo y Arabe de Granada. En 1868 fué catedrático de número en Zaragoza, y desde 1874 a 1902 desempeñó la de Arabe de Madrid.

Sus merecimientos como profesor modelo le señalaron para la concesión de una de las primeras grandes cruces de Alfonso XII.

Su excepcional competencia y su laboriosidad asombrosa han cooperado por modo eminente a la cultura nacional; y sus viajes por Túnez, Constantiná, Argel y Orán, donde estudió las bibliotecas árabes. Su *Numismática árabe-española* y la *Biblioteca Árabe-Hispana*, de la que ha publicado ya diez tomos, han confirmado plenamente en España y fuera de ella su indiscutible autoridad como arabista notabilísimo.

Sus trabajos científicos asombran tanto por su profundidad y su número, cuanto por la variedad de las materias que domina su entendimiento.

Versan sobre Didáctica, Numismática, Epigrafía, Historia de Aragón, Historia general, Bibliografía crítica y descriptiva y Agricultura.

Al retirarse del profesorado, no ha buscado el descanso a que tenía perfecto derecho después de tantos años de impropia labor, sino que continúa en ella con nobles alientos y se propone continuar por su cuenta su colosal *Biblioteca Árabe-Hispana*.

Al justo homenaje que a tan ilustre sabio se dedica, unimos el de nuestra admiración y respeto.

EL GENERAL D. JULIO DOMINGO BAZÁN.

Página 214.

Publicamos hoy el retrato del general de división D. Julio Domingo Bazán, que desempeña en la actualidad el cargo importantísimo de fiscal en el Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Nació el 23 de Marzo de 1846 y en el arma de Infantería se distinguió siempre como brillante oficial y jefe de gran prestigio, hasta llegar en 11 de Julio de 1900 a la categoría de general de división. Del excelente concepto que en el ejército goza da clara muestra su elección para el cargo de fiscal militar, pues por ministerio de la ley el candidato debe pertenecer a la Orden de San Hermenegildo y tener méritos y servicios especiales que acrediten su idoneidad y las más relevantes circunstancias exigibles para el mejor desempeño del cargo.

Pero si el cargo de fiscal militar del Consejo Supremo ha tenido siempre grandísima importancia, hoy ha venido ésta a aumentarse mucho más con la unificación de las dos fiscalías, pues de esta suerte al General que la ejerce competen, además de las funciones que eran privativas de la fiscalía militar, las que correspondían a la togada.

Difícilmente hubiera podido hallarse para instaurar esta importante reforma con buen éxito funcionario más idóneo que el general Domingo Bazán, porque precisamente en su persona concurren aptitudes técnicas especialísimas, por tratarse de un general que es a la vez distinguido jurista-consulto.

Así se explica la excelente acogida que en el ejército y fuera de él ha merecido su designación por el Gobierno de S. M. para la jefatura del Ministerio Fiscal en el ramo de Guerra.

BELLAS ARTES.

El lactero de bebé, dibujo de Tabbilla.

Página 216.

Por lo mismo que Dios ha concedido al hombre la inteligencia, le ha dado tan poquísimos instinto, que en la edad infantil, en que aquélla no tiene desarrollo, queda el rey de la creación en notoria inferioridad respecto de sus vasallos los animales.

Si el niño no tuviera quien le cuidara, no podría vivir. No haya miedo de que un asno en su más tierna edad coma una planta venenosa ni se acer-

que al fuego; pero si a una criatura se le muestra un veneno, en seguida se lo quiere llevar a la boca, y si se le acerca un hierro candente, avanza hacia él su manecita.

Muchos animales se bañan por instinto; al hombre hay que acostumbrarlo, y lo más general es que proteste hasta de que le laven la cara. *El lactero de bebé*, dibujado muy artísticamente por Tabbilla, reproduce una de estas escenas que a nosotros nos hacen reír y al protagonista suelen hacerle rabiar.

Cuarteles de invierno, dibujo de Medina Vera.

Página 217.

Publicamos recientemente un dibujo de Cecilio Pla en que aparecía la partida de los veraneantes para sus hogares, y a la misma actualidad responde el de Medina Vera, que viene a completarle con la llegada de aquéllos a los cuarteles de invierno.

Tiene su composición muy elegante conjunto, y da a la escena gran expresión y carácter el detalle del perro, que en su cariñoso recibimiento denota que los que llegan han estado algún tiempo ausentes.

Revolución de maíz, cuadro de P. Salinas.

Página 211.

El cuadro de P. Salinas es de actualidad, pues en estos meses de Septiembre y Octubre se recogen las panochas de este utilísimo grano, que en América suple al trigo de Europa, al arroz de Asia y al mijo de Africa. No entraremos a discutir si tuvo razón Mone al atribuir a los romanos la propagación del maíz en Occidente, ó la tienen los que opinan que su cultivo en los campos europeos es posterior al descubrimiento de América; pero, venga de donde viniere, démosle la bienvenida a esta preciosa gramínea, que se come cruda, cocida, asada y frita. Démosela en nombre de la *borracha* de nuestros países cantabros, del *gofio* en Canarias, de la *chicha* de los americanos y de la *polenta* italiana. El que estas líneas escribe prefiere saborearlo en su última transformación, ó sea en el pato de Estrasburgo, en el capón de Bayona ó en el jamón de Avilés, que le deben toda su sustancia.

S. M. LA REINA ISABEL DE RUMANIA.—(Véase su retrato y el artículo correspondiente en la página 219.)

EL MONUMENTO DE GARIBALDI EN NÁPOLES.

Página 220.

César Zocchi, el autor del monumento de Dante en Trento, ha producido otra obra de valor artístico notable.

El monumento que Nápoles ha levantado a Garibaldi se compone de un pedestal rodeado por dos figuras colosales de 3,50 metros (Roma y Nápoles), y por dos altos relieves representando el encuentro del rey Víctor Manuel II con Garibaldi y la entrada de Garibaldi en Nápoles.

Sobre este pedestal está la figura del General, en pie, vestido con el clásico poncho, meditando y con las manos sobre el sable: esta figura tiene 6,50 metros de altura.

Veinte toneladas de bronce han sido fundidas para estas figuras.

Toda la parte decorativa está en armonía con la composición arquitectónica y escultural del monumento.

JARRONES ARTÍSTICOS.

Página 224.

Como notables ejemplares de arte decorativo, publicamos dos jarrones artísticos del escultor cordobés José C. Ortiz.

Nuestros lectores pueden apreciar por sí mismos, así como el excelente gusto de su forma general, la belleza de su ornamentación sencilla y elegante, y solamente haremos notar que no están ejecutados por los procedimientos industriales hoy tan generalizados, sino que están modelados directamente por el artista como obras propiamente escultóricas.

CARLOS LUIS DE CUENCA.



RESES APRESADAS POR LOS COSACOS.



MUKDEN.—ENTRADA DE FU-LING, DONDE ESTÁ LA TUMBA DEL FUNDADOR DE LA DINASTÍA MANDCHÚ.

LA GUERRA RUSO-JAPONESA.



EL SITIO DE PORT-ARTHUR. — ARTILLEROS JAPONESES ARRASTRANDO UNA PIEZA TOMADA Á LOS RUSOS.

LA GUERRA RUSO-JAPONESA.

Dos golfos, dos caminos y dos sueños



PARANSE dos chiclelos, que figuraban dignamente en el noble escalafón de los *golfos*, con esperanzas ambos del ascenso inmediato, aunque no era fácil adivinar de qué naturaleza sería el ascenso.

Parecían de buena índole: las dos caras eran inteligentes, ninguno de ellos pertenecía al tipo del criminal nato; pero el contagio entre los hombres es poderoso, el microbio del mal es abundante, la influencia del medio ambiente es decisiva cuando está cargada de miasmas pútridos, y para un niño el porvenir es muy incierto. Podrá llegar á ser bueno, ó podrá llegar á ser malo; en la mayor parte de los casos las circunstancias deciden.

no necesita ningún género de explicación, es como ciertos nombres heroicos de familias ilustres, que ellos por sí lo dicen todo.

El otro se llamaba *Tragadoblas*, y éste explicación necesita; porque no es tan común tragarse una libreta, como tragarse una moneda de plata ó de oro.

Es el caso, que un día iba nuestro *golfo* tras un caballero entre otros chiquillos del gremio. Y el caballero, al contar unas monedas, dejó caer una, y continuó sin advertirlo.

Todos los chiclelos se precipitaron á cogerla; pero nuestro *golfo* fué más listo, y para que los compañeros no se la quitaran se la tragó con rapidez pasmosa, y desde entonces todos le llamaron *Tragadoblas*.

Resulta de aquí que *Tragapanes* y *Tragadoblas*, por afinidades de afición y por facilidades en el tragar, fueron amigos inseparables.

Por de contado, que de la moneda tragada ja-

su compañero, y, señalando hacia una piedra lisa y redonda y medio oculta entre la hojarasca, le dijo con cierta socarronería:

— Ahí tienes una libreta, *Tragapanes*; cómetela, que aunque está dura tú tienes buenos dientes.

Y el otro, señalando hacia una hoja seca y amarilla, desprendida sin duda días antes de su tallo, y que por su forma redonda y porque, herida por un rayo de sol, brillaba con brillo amarillento, imitando bien ó mal á distancia una moneda de oro, le dijo á *Tragadoblas*:

— ¡Mira qué moneda tan rica! Trágate.

Y *Tragadoblas* recogió la hoja y se la tragó en efecto, diciendo con tono de triunfo:

— Yo tengo mejor estómago que tú.

Estas bromas infantiles parecía natural que hubieran puesto de buen humor á los *golfos*; pero no fué así, porque siguieron silenciosos y huraños y dispuestos á reñir de nuevo.

Hay días en que cualquiera está de mal talante



EXCMO. SR. D. FRANCISCO CODERA Y ZAIDÍN,

ILUSTRE ARABITA.

CATEDRÁTICO RECIENTEMENTE JUBILADO.

De fotografía.



EXCMO. SR. D. JULIO DOMINGO BAZÁN,

GENERAL DE DIVISIÓN.

FISCAL DEL CONSEJO SUPREMO DE GUERRA Y MARINA.

De fotografía de Valentín Gómez.

Por el pronto, eran dos *golfos* simpáticos, y eran además grandes amigos.

La edad casi la misma, entre los nueve y los doce años: como se vacila al equilibrar los dos platillos de una balanza, el tiempo vacilaba al cargarles de años.

Vestían el mismo traje: el de la miseria, andrajos que tenían la pretensión de representar pantalones y blusas, con acuchillados de carne pura.

Pelos enmarañados, como lo es casi siempre el destino de los seres humanos; ojos vivos y luminosos, como lo es la aurora, y como lo es la juventud, viva y luminosa también; bocas muy grandes, cual corresponde al hambre; pies descalzos, que no se sabe quién resbala más en el mundo, si los pies desnudos, ó los que visten bota de charol ó zapatito con tacón derribado; y, por fin, manos ágiles y sucias, las manos limpias no siempre se encuentran.

No tuvieron padres, ó no los conocieron, ó quién sabe si serían hermanos; por lo menos eran hermanos en la miseria triste, aunque ellos la trocaban en alegría.

Ignoraban sus nombres, porque jamás un pariente, ni un bienhechor les llamó diciendo: «Ven aquí, Pedro; ven aquí, Juan»; si acaso algún agente de Orden Público les echó de un banco del Botánico ó de la verja del Congreso; pero ése les puso mal nombre: «Fuera de ahí, pilletes», les dijo.

Pero si el Registro Civil no les dió nombre, la casualidad y sus altas hazañas nombre les dieron adecuado á sus cualidades.

El uno se llamaba *Tragapanes*, y este nombre

más se supo, á pesar de haberse practicado minuciosas investigaciones. Lo cual no es extraño: cuando el dinero desaparece, no hay quien lo encuentre.

Cuando iban juntos, y juntos iban siempre, los demás *golfos* decían: «Ahí van los tragones.»

Un día de primavera, pero que más bien semejaba á un jirón desprendido del invierno, caminaban juntos, á campo traviesa, *Tragapanes* y *Tragadoblas*. Los días anteriores lo habían pasado muy mal en la población: mucha hambre, mucho frío, ninguna limosna, amenazas de los municipales, tal cual golpe de esos que flotan en la atmósfera y que, no atreviéndose á caer en una persona fuerte, caen sobre un niño; todas estas desventuras les habían hecho odiar la vida urbana, y les habían lanzado á la vida campestre, y por eso, á campo traviesa, iban *Tragapanes* y *Tragadoblas*, de mal humor, con los pelos más revueltos que de costumbre, los ojos menos brillantes, las bocas más abiertas y las manos metidas, ya que no en los bolsillos, en sendos desgarrones del pantalón.

Iban á correr el mundo, á correr aventuras, y á ver si en algún campo el naciente trigo se había convertido espontáneamente, ya que no en sabroso pan, en respetable mendrugo.

Iban de mal humor, como es natural; hablaban poco, y cuando hablaban era para reñir.

Y marchaban á la par, sin saber hacia dónde y casi llevando el paso, como ejército hambriento que quiere concluir pronto la jornada ó para encontrar la ración ó para encontrar la muerte.

Al atravesar un matorral *Tragadoblas* detuvo á

y dispuesto á regañar con otro que también lo esté, como allá en las alturas se encuentran en días tempestuosos dos nubes cargadas de electricidades contrarias, y se apedrean con granizo y se maltratan á latigazos de centellas con furor.

Los dos *golfos* de nuestra historia eran por entonces, pongo por caso, dos pequeñas nubes tempestuosas.

Y continuaron marchando hacia adelante, impulsados por fuerzas desconocidas, como las nubes desconocen el viento que las empuja. Las nubes están todavía muy ataradas, no conocen la rosa de los vientos. Toda nube es un enorme alfabeto vestido de jirones y andrajos.

Al fin llegaron los dos *golfos* á un punto en que la senda que seguían dividiase en otras dos.

En la vida sucede esto muchas veces.

Y aquella fué ocasión providencial ó diabólica para que estallase la enemiga de los dos chiclelos.

Tragadoblas se empeñó en que habían de tomar la senda de la derecha, y bastó que expresase este deseo, para que *Tragapanes* se empeñase en que habían de ir por la senda de la izquierda.

¿Quién tenía razón? ¿Cuál era la buena senda? Ellos lo ignoraban, y la razón que cada uno tenía no era otra que la sinrazón del compañero.

Se empujó *Tragadoblas* en ir por la derecha, y otro tanto se empujó *Tragapanes* en ir por la izquierda.

— Pues yo no voy por esa — dijo el uno.

— Pues yo no voy por la tuya — dijo el otro.

— Ninguna de las dos es nuestra.

— Las dos lo son.

—¿Vienes conmigo?
—Voy por donde quiero.
—Pues anda con Dios, *Tragadoblas*.
—Vete al cuerno, *Tragapanes*.

Y cada *golfo* tomó por su senda preferida, mirándose los dos al separarse con una mezcla de tristeza y enojo.

—¿No vienes?—gritó el uno.
—Ven tú—gritó el otro.

—No, y no.

—Pues como quieras.

Y apartaron el paso, y se perdieron de vista.

La tarde iba muy de caída. El sol se había puesto. La luna asomaba su disco. La obscuridad, una obscuridad plateada por el brillo del astro, se extendía por montes y por llanos: así sobre la veleta del campanario, que hacía pujos por asomarse al cielo, como sobre la hornigina, que en la boca del hormiguero se detenía un instante levantando sus antenas; sobre *Tragadoblas* y *Tragapanes*, que caminaban muy aprisa, como si alguien les esperase, y que iban pensando con las mismas palabras: «¿Por dónde irá el otro? ¿A que no le encuentro más?»

Ya era noche cerrada, pero de luna llena, y *Tragadoblas*, que con cierto desaliento había acochado el paso, se dirigió hacia unas sombras que debían ser las casas de una aldea.

Antes de llegar á poblado, pero poco antes, vió unas tapias, á trechos aporilladas, y detrás de las tapias observó las sombras de unos árboles, que debían ser cipreses, y cuyas puntas blanqueaban los rayos de la luna.

El *golfo* tenía ya cierta experiencia de la vida, y por lo tanto de la muerte, y comprendió que aquello era un viejo cementerio.

Como para pasar la noche con tranquilidad más confianza le inspiraban los muertos que los vivos, penetró resueltamente en el sagrado recinto por una de las brechas, y empezó á explorarlo, buscando dónde pasar la noche con relativa comodidad. En punto á comodidades, los pobres *golfos* no suelen ser exigentes, y *Tragadoblas* no lo era.

Vagando de un lado á otro, por entre hierbas, losas hechas pedazos y cruces derribadas, llegó al borde de un hueco cavado en el terreno, y que debía ser una fosa no utilizada todavía.

Tragadoblas no era supersticioso, ni era cobarde; pensó que en el fondo de la fosa estaría al abrigo del viento, y que la tierra blanda era mejor colchón que el banco de una plaza ó el escalón de un portal.

Resultantemente, como hombre de energía y de gran espíritu filosófico, al fondo de la fosa se arrojó en menos tiempo que se dice.

Al caer tropezó con otro cuerpo, que, á juzgar por la sacudida que dió y la intersección enérgica que acompañó al movimiento de sorpresa y protesta, era un cuerpo vivo, que allá en la sombra se dió á conocer al intruso, y que, para mayor sorpresa de éste, resultó ser el propio *Tragapanes*.

En un punto del camino se habían separado, sendas distintas habían seguido, y al llegar la noche, en el fondo de la misma fosa habían vuelto á reunirse.

—Para esto—dijo *Tragapanes* con cierta filosofía infantil,—no valía la pena de habernos separado.

Si los restos humanos que poblaban el cementerio hubieran podido hablar, le hubieran dicho que así es la vida y así es la muerte.

Habían reñido en pleno día; en aquel hueco negro se reconciliaron, y abrazados estrechamente para darse calor, se durmieron los dos chichuelos. Se durmieron y soñaron.

Soñó *Tragadoblas* que crecía, que era hombre, que era militar, que llegaba á mandar ejércitos, que obtenía victorias, que las muchedumbres le aclamaban, que llegaba á ser rey, que subía á un trono, y otros mil disparates de esos que forjan los sueños, mundo de fantasmas en que los seres parecen de vapor, el tiempo no se mide y los sucesos pasan como nubes que se lleva el viento.

Toda una vida, menos densa que la vida real, acaso tan real como ésta.

Y entretanto, *Tragapanes* soñaba que crecía, que era hombre, que no pasaba de mendigo, que reñía con otro del mismo oficio, que le hería de muerte, que le llevaban á la cárcel y luego ante un juez, y á muerte le condenaban, y al día siguiente subía al patíbulo.

Y casi al mismo tiempo llegaron los dos sueños á iguales alturas, y desde ellas empezaron á bajar: el rey tuvo que huir, corrió por los campos y llegó á un cementerio, y agonizando cayó en una fosa.

El mendigo sufrió su pena, murió en garrote vil, pero siguió sintiendo sensaciones, y creyó que á un cementerio le llevaban y que le arrojaban en una fosa en la cual se encontraba con su compañero.

Y despertaron á la vez, el uno diciendo: «¡vaya un sueño!» y el otro: «¡qué trifulca!»

De un salto se pusieron en pie, abrazados todavía, y las dos cabezas asomaron por encima de la fosa, con los pelos llenos de tierra, las caras sucias, pero los ojos brillantes.

Y el sol naciente acreció con sus primeros rayos las dos cabezas de los dos *golfos*, que aseman por encima de los bordes de la fosa.

Era la vida brotando con el día del fondo más negro de la muerte.

JOSÉ ECHEGARAY.

JUANILLA «LA MUSA».

I.

HABÍA sido trasplantado bruscamente de Cádiz á Burgos, en lo más riguroso del invierno; de una tierra iluminada por el sol, bajo un espléndido cielo azul, á un país frío, cuyo cielo veíase cubierto casi durante todo el invierno por celaje grisáceo difusamente blanquecino, aporcelanado y de muy débil traslucencia, en el que se dibujaban con elegante majestad las afligranadas torres de la catedral, de finos contornos y detalles entonces exquisitamente perfilados y plateados por la nieve y cristalizados por el hielo.

El primer día que el pobre niño tuvo que ir á la clase sintió el terror y la tristeza que producía en su ánimo aquel extraño y sombrío espectáculo, y al propio tiempo sintió sorprendida su curiosidad ante el contraste de la negrura de las piedras y aquella blanca mate, aquella nieve por todas partes extendida y en todas partes resaltando como un río adorno superpuesto en todo relieve con caprichosa intención. Debajo del brazo llevaba Miguelito, entre tablas y sujetos por una correa, unos libros enigmáticos y extraños, en los que se le preparaba el penoso martirio de un estudio poco seductor: el de la lengua latina. Apenas ver aquel niño airoso y esbelto, ágil y vivo, de pestafiosos ojos, grandes y negros, morena tez y rostro de relumbrante alegría andaluza, encogido de frío, entristecido y apocado. Entró en un viejo caserón, subió unas destartadas escaleras y hallóse de pronto entre una rumorosa muchedumbre de muchachos colorados, fornidos y bulliciosos, y ante un hombre alto, seco, de afetado rostro, vestido de un levitón con honores de sotana, y con la cabeza entrecana cubierta por un gorro negro á semejanza de capucha y soldado: era el dómíne D. Jerónimo.

—¿Te llamas Miguel? Micaelas, está bien. ¿De dónde eres?—preguntó el dómíne.

—De Cádiz—replicó el niño.

—Gades, la antigua Gades, la ciudad de Hércules; pero no se dice Cadi, se dice Cádiz.

—Cádiz, Cádiz—gritaron de todas partes todos los muchachos, armando burlona algarabía.

Entonces con la imperiosa voz de un César gritó el maestro:

—¡Silencio Roma, silencio Cartago, ó quito los consules!

La amenaza produjo efecto; reinó un profundo silencio; el dómíne, juntando en la espalda sus manos, en una de las cuales llevaba su palmeta, empezó á pasear de un lado á otro de la clase. No estaba contento; no había sido dichoso aquel día, y después de indicar con un gesto á Miguelillo que se sentara, entregóse al desahogo de revelar en alta voz hasta sus más íntimos pensamientos.

—Yo no soy maestro; no me mandan á mí los muchachos para que los enseñe, sino para que los guarde aquí y que no den guerra en casa; soy un rey de una piara; os dan suelta y venís aquí como se juntan los marranillos. Virgilio, Virgilio; ¿con qué se come eso? Vosotros os iréis de este mundo como los burros, sin gustar la miel, porque no se hizo Virgilio para la boca de los zopencos; ya se me ha hecho bilis en el cuerpo; cada vez estamos peor; los de tercero no tienen orejas para medir; estos otros no sacan un significado ni entienden siquiera la concordancia del sujeto y el verbo, ni saben hacer una sencilla oración de *sum est fuit*, y los pipilos raro es el día que me dicen bien una declinación ó me leen cuatro líneas con perfecta prosodia. ¡Ah, qué desgracia tan horrible!—exclamó elevando los brazos al cielo.—no hay paciencia para soportar estas vergüenzas—añadió dando un golpetazo con la palmeta sobre la tabla del pupitre;—¡para esto, valiera más que pasaseis el puente Bessón y os fuerais á pilletear al Instituto ú os largaseis á los Vadillos á hacer novillos. *Satis, satis*, siempre pidiendo vacaciones.

Guardó silencio, y seguido por las miradas de todos los muchachos, continuó yendo y viniendo por la clase, cabizbajo, pensativo, abatidísimo.

Miguelillo le miraba á su vez con extrañeza, sospechando sin duda que allí había ocurrido algo muy grave, y sintiéndose atemorizado al ver el

implacable enojo del dómíne; por esto echóse á temblar cuando D. Jerónimo, saliendo de su abatimiento, le preguntó si había traído libros, y después de examinar el que el niño le entregara, le dijo:—Tú no estás para esta clase; empieza con dos meses de retraso.

Y luego añadió como hablando consigo mismo. —¿A dónde envío yo á éste? ¿á dónde le envío? Entonces á coro todos los muchachos de la clase exclamaron:

—¡A la Musa, á la Musa!

Miguelillo miró con espanto á todas partes: ¿qué quería hacer con él? ¿qué quería decir aquel grúto á la Musa, á la Musa?, que resonaba en sus oídos como una sentencia de muerte?

—¡Silencio!—gritó el dómíne con acento patético y ademán oratorio.—No es, en verdad, culpa suya—dijo—si llega retrasado á la clase; no de su señor padre, valeroso Comandante de Estado Mayor que há poco fué nombrado para Burgos y que ha estrechado mi mano llamándome muy su amigo; vaya, pues, á prepararse este nuevo discípulo para esgrimir aquí presto sus armas, conquistar luego triunfos, alcanzando el consulado de Cartago ó de Roma.

—¡A Roma!—gritaron unos.

—¡A Cartago!—gritaron otros, y todos con furiosa rivalidad.

—Donde yo le pusiere—gritó el dómíne.—Juanilla, llévale á la clase de Juanilla.

II.

Entró Miguelillo en otra destartada habitación, en la que había cuatro bancos, tres pequeñitos con sendos libros abiertos en la mano, una mesa, una silla, y en ella, sentada, una muchacha de doce á catorce años, vestida con un delantal azul, flaca, pálida, de grandes ojos hurafos y hoscas, y gesto desabrido.

—Que se siente ahí—dijo; y luego, levantándose muy furiosa, amenazó con una vara de froso á uno de los chiquillos que se hallaban sentados en los bancos.—Como vuelvas á sacarme la lengua, te curo de un litagizo los sacafones de las orejas. A ver, tú, Manolo: *hic, hec, hoc*.

—*Huyus*—dijo un muchacho poniéndose de pie,—y continuó la declinación.

Miguelillo miraba con extrañeza y muy significativa expresión de antipatía á aquella extravagante muchacha, á aquel avechicho de cuello de cigüeña y cara de comadreja.

—¿Quién es ésta?—se atrevió á preguntar en voz baja al chiquillo que tenía al lado.

—La Juana, la Musa—dijo el muchacho;—pues ¿quién ha de ser? la hija del dómíne; ¡más perral pega mucho.

—Como la cola—dijo el andalúz sonriéndose.

Y entonces vió llegar hacia él, frunciendo el entrecejo, *cuncta superchio moventi*, á la muchacha, que dijo airadamente:

—Aquí te callas, si no quieres que te arree un varazo; y no te hagas el señorito, ¿estas tú?

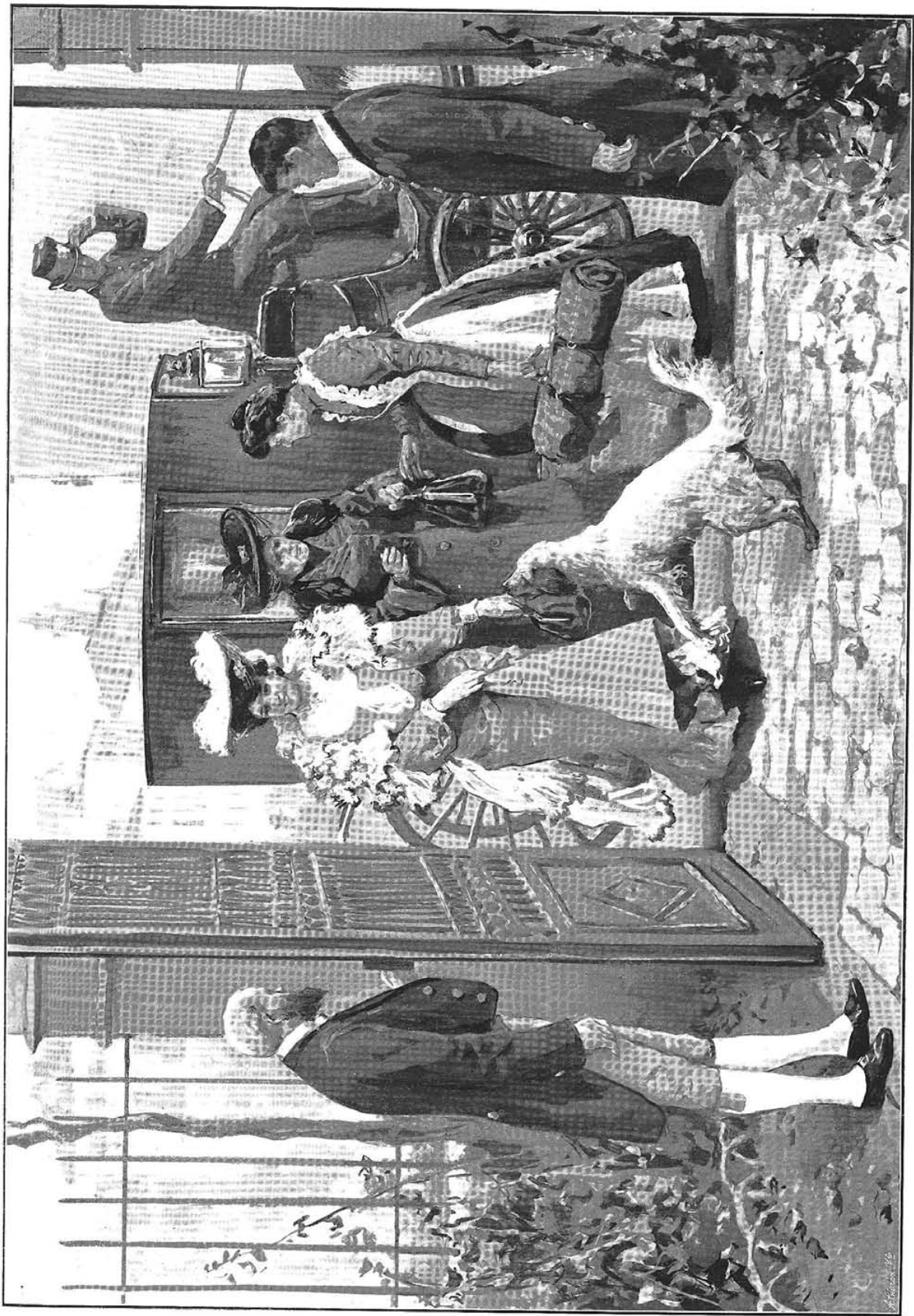
El andalucillo se echó á reír, y en sus grandes, en sus hermosos ojos negros, brilló una burlona indignación; no echó de ver aquella mirada la muchacha, y se retiró, tal vez muy segura de que con su amenaza había impuesto temor á Miguelillo; pero, sin embargo, entre ambos se produjo desde entonces un odio profundo, antipatía instintiva, aversión implacable. Juanilla, huérfana de madre, vivía estrechamente unida á su padre. Era su hija y su discípula, y después fué la encargada de ejercitar mecánicamente en el aprendizaje de declinaciones y conjugaciones á los discípulos novatos ó á los retrasados; era un valioso ayudante de su padre, se había criado con el latín, conocía todos los grandes poetas y prosistas. Don Jerónimo, que había deseado tener un hijo, como el cielo no le otorgara este favor, como no había podido conseguir este deseo, ya que no le era dado cambiar el sexo de su hija, resolvió hacer de ella un pasante y una aventajada discípula en el hermoso idioma de Virgilio: podía decirse que Juanilla no tenía edad, que no tenía sexo; no había nacido sino para hablar aquella lengua muerta, y ni su inteligencia ni su gusto habían recibido otra educación que la del trabajo en aquel árido estudio y en el refinamiento de poder llegar á gozar de la pureza y corrección de Horacio, la pintoresca gracia de Virgilio, la suavidad de Ovidio, la rotunda prosa ciceroniana, y, en fin, la grandiosidad y armonía del idioma latino.

Saña, verdadera saña mostró la chichuela en obligar á Miguelillo al áspero estudio de la analogía latina: la fácil y segura memoria, la perspicaz vivacidad de inteligencia y el ardoroso pundonor del chichuelo le hicieron vencer en el martirio; pero odiaba á la Musa, la hacía muecas, la dibujaba en caricatura, la hacía exasperarse de cólera; ella le



EL LAVOTEO DE «BEBÉ».

DIBUJO DE J. TUBILLA.



CUARTELES DE INVIERNO.
DIBUJO DE MEDINA VERA.

aborrecía y le temía; no era posible llegar á poner en la espalda al monicaco el cartelón del *asinus*; además, le estaba prohibido pegarle, ¡qué rabia! Sin embargo, cuando el chico pasó á la clase de D. Jerónimo, y fué examinado, y contestó sin una incorrección, y ordenó y tradujo el *Aliquandam vulpes* y el *Mons cims genitus immanes*, de Fedro, sintióse envanecida Juanilla con aquel brillante discípulo; no obstante, el odio entre ambos persistió; lo dicho, dicho, se aborrecían. En para ella era, no un afecto, sino un orgullo, como para el chino su gallo de pelea.

Se veían y no se hablaban sino para entablar alguna discusión sobre puntos de sintaxis ó de retórica. Juanilla, livida, aere, displicente; él sentido, violento y despreciativo. Un día, al cabo de los años, D. Jerónimo entró bruscamente en la clase, que se hallaba en alboroto como la mar vuelta por la cañalla de Eolo, y sin pronunciar el cansabido «*Quos ego!*...» exclamó:

— ¡Miguel, Miguel, vamos á otorgarte el triunfo! Vienen á disputar el premio colegiales de Carrión, y, además, discípulos de ese mustrillo madrileño que sabe menos latín que el tacón de la bota de Juanilla. Que tú te los pudes pasar á todos por debajo de la pata, ya me lo sé yo; eso Roberto, que es el último de la clase; pero es necesario quedar muy por encima de todos los jueces. ¿Quién recitará como tú, quién dará la debida entonación al *Arma virumque cano?*... ¿Quién más fácilmente distinguirá el ymbico, el dáctilo, el espondeo? ¿Quién sabrá explicar con mayor acierto la carta á los Pisones, el código de la Póetica, y todas las correcticias odas de Horacio? ¿Quién decir con mayor vehemencia oratoria los discursos de Cicerón? Lo sé, lo sé; pero es necesario que todos se queden *patibitos* de asombro. ¡Eal á prepararse como un gladiador. Juanilla y tú repasaréis juntos de aquí hasta Mayo; ¿quieres, Miguel?

— Sí — contestó valerosamente el muchacho.

— ¿Qué dices tú, hija mía?

— Que ganará á todos y se retirarán — repuso Juanilla con frialdad reveladora de un profundo convencimiento.

No pensaron desde entonces una y otro más que en atender al propósito que los reunía: por la mañana y por la tarde trabajaban afanosamente en traducir con prontitud, fidelidad y elegancia, en recitar con sonoridad y pompa. Poco á poco sintieron la mutua convivencia de sus almas en aquel mundo de los grandes poetas; luego sus ojos brillaron por igual entusiasmo; llegaron á la confraternidad del arte; á separarse, ella veía coronada de pámpanos la negra y rizosa melena de Miguel, y á éste entonando bucólicas al suave són del viento que mecía los campos (*modulatus avena*); y él sentía la vibrante voz de Juanilla resonando armoniosa al recitar los sonoros dísticos, y veía en su expresiva faz un fiel simulacro de Minerva, la diosa de ojos resplandecientes.

¡Llegó, llegó el día de prueba; á Juanilla no le fué dado asistir al acto: quedóse en aquella casa donde ella, que no había conocido á su madre, no había visto jamás mujer alguna. Qué largo se le hizo el tiempo! Al verse allí sola, inquieta é impaciente anduvo por todas las habitaciones, asomóse muchas veces á las ventanas, hasta que un rumoroso trunfo de voces y la estrepitosa entrada de todos los chicos, anunció la llegada de Miguel y de don Jerónimo.

— ¡Viva! ¡Viva! — gritaban todos.

— ¡Nada igual, nada igual! — decía D. Jerónimo.

Y apareció Miguelillo, pálido, con la fatiga y alegría del combatiente triunfador, y al ver á Juanilla lanzóse á ella con los brazos abiertos, la estrechó contra su pecho y la dió un beso en la frente. En efecto, Miguel le debía la victoria.

III.

Bien puede decirse que es la dulce y efímera juventud teatro que en breve tiempo hace mudanza por muy encontrados accidentes, pues á los tres años no más, Juanilla *la Musa*, que ya cumplía diez y siete, era alta y morbida, dulce y modosa, mesurada y elegante, tímida y devota; cuidábase de las flores y de la casa, cuanto antes del latín y de los clásicos, sin que manifestara su corazón otras aficiones que las de cuidar y sonreír á su anciano padre, hasta que cierto día, viendo á éste de vuelta de su paseo por los Cubos preocupado y triste, hubo de preguntarle:

— ¿Qué le pasa, señor padre?

— ¿Qué me pasa? — contestó éste: — ¿á que no sabes tú quién está en Burgos, que le han traído de Villarcayo herido por los carlistas? Miguel, Miguel.

Juanilla palideció.

Sí, le llegó al corazón la noticia: fué una sorpresa dolorosa y una puñalada punzante y trai-

dora; tuvo que sentarse, apoyar los codos en la mesa y la frente en sus manos para dominar la violencia de su emoción; después, después se supo que Miguel estaba en una casa de huéspedes, que no tenía familia en Burgos; se reconoció que habiendo sido el discípulo que mayor gloria había dado á la clase, estaban padre é hija obligados á cuidarle, aun pasando por todo, esto es, sobreponiéndose á las mañicas y habillicas de la gente.

Juana se echó un velo; D. Jerónimo tomó su bastón y su sombrero, y fueron á la casa del herido. Era el maestro, el maestro del joven oficial, y éste el discípulo predilecto: con tales declaraciones penetró el dómine, seguido de Juanilla, en la alcoba de Miguel. Tocaron sus ardorosas manos, contemplaron su rostro pálido, vieron aquella cabeza ceñida de vendajes. Estaba sumido en profundo letargo.

Juana se desprendió del velo, y, dominando la agitación nerviosa que le había acometido, se encargó de dar al herido las medicinas, sometién-dose escrupulosamente á las prescripciones facultativas.

Don Jerónimo, sentado en el gabinete, leía, sintiendo á su hija ir y venir de un lado á otro, entrando y saliendo en la alcoba sin hacer el menor ruido, de puntillas y conteniendo hasta el resuello.

Estaban allí toda la noche y gran parte del día, y muchas veces D. Jerónimo se marchaba, dejando sin temor alguno á Juanilla.

La ternura casi maternal que demostraba uníase á una adoración vehemente, secreta, profunda. Atendía con diligencia y esmero á los cuidados, y oraba con devoción ardiente por el joven. Hizo promesa de un hábito. Pedía la vida de Miguel y algo más para ella misma, algo de que no se daba cuenta... algo inmenso, indeciso, pero de esplendorosa claridad... ¡la dicha!

Al fin el herido vió, dióse cuenta del estado y del lugar en que se hallaba, y al cabo, abriendo muy conmovido los ojos, dijo:

— ¡Tú... tú eres Juanilla... Juana, la hija de D. Jerónimo!...

— Sí — contestó la muchacha con no disimulado regocijo: — Juanilla *la Musa*.

— Está usted señorita... Estás, estás... muy guapa.

Juanilla se ruborizó, y al propio tiempo se embriagó en el embelesamiento de una indecisa pero placidísima esperanza. Cuando días después, ya convaleciente de sus heridas, Miguel pudo charlar, y bromearoando con gracia muy marcada por aquel su acento gaditano, recordó á *la Musa* lo que se habían aborrecido y el afecto que después se habían profesado, y llegó á manifestar que conocía en todos los pormenores los servicios, las atenciones, el celo maternal con que Juanilla le había asistido, y que comprendía que agradecía el cariñoso afecto fraternal con que ella le había cuidado y consolado, le dijo á la muchacha:

— Ya ves tú lo que son las cosas; mi padre murió en Estella, yo no tengo familia, y, hoy por hoy, no tengo á nadie más que á ti. ¿Quién había de decirme!

Juanilla se puso roja como una amapola.

Durante los días que guardó Miguel cama, contenido por el mandato facultativo, y durante los diez ó doce en que le fué dado pasear por el campo, Juanilla y Miguel diéronse el gozoso pasatiempo de leer los clásicos, sobre todo las hermosas églogas de Virgilio. Entonces, entonces sí que comprendían las bellezas de aquella rica literatura.

Una tarde Juana y D. Jerónimo, y luego el mismo Miguel, rieron mucho leyendo el borrador de una poesía latina que éste había intentado escribir y que no había concluido.

— Esa imitación de los grandes maestros sólo hay dos poetas que puedan hacerla: el Papa y mi hija. Esta empezó una hermosísima égloga, ¡vaya una obra! pero no creo yo que la haya concluido, y aun puede que no la termine; se lo he ido ya la añción, y eso que desde que tú estás aquí parece que ha vuelto á revolver un poco los libros y á escribir, y tal vez por esto remate el trabajillo. ¡Sería una lástima que no lo hiciera, porque va muy primorosol! El argumento es que Filis ama al pastor Celio, el cual no se da cata de ello, y en dulcísimos versos llora y se lamenta la zagala por este motivo. Celio halla á la doncella adigida, y al ver sus ojos bañados de lágrimas pregunta cuál es la causa de su pena; Filis va á contestar, y... ya no sé más — añadió D. Jerónimo, — porque de aquí no ha pasado el poeta, ó por lo menos á mí no me entregaron más noticias; pero lo escrito merece leerse.

— ¡Que se lea, que se lea! — exclamó Miguel.

— ¡Oh! vale muy poco; á mi padre le ciega el cariño — murmuró Juanita; — además, aún no le he terminado.

— Pues tienes que terminarlo, y pronto, pronto; ya tengo impaciencia por leerlo — exclamó Miguel entusiasmado.

¿Qué regocijo sintió Juanilla en el alma al oír esto! Era aquel el primer motivo de verdadero estímulo que había sentido su alma de poeta para avivar la inspiración y encantarse ante la risueña esperanza de un triunfo. Aquella misma noche, ¡oh! le era imposible dormir, se entregó por completo al trabajo; á punto estuvo de concluir la égloga; el pastor Celio, después de oír á Filis, prodiga á ésta muy lisonjeros elogios, y habla de la felicidad que él piensa brindar á la mujer elegida de su corazón. En este punto dejó Juanilla interrumpida la égloga, porque ya el sol Henaba de luz el cuartoito.

Cuando aquella tarde con aire misterioso y enigmática sonrisa manifestaba Miguel que ella hacía esfuerzos por guardar un secreto, recibió la pobre muchacha una terrible sorpresa.

— Sí, no te hagas la interesante; ya sé que estás terminando la égloga — replicó Miguel: — pero date prisa, porque yo voy á marchar pronto de Burgos. ¡Ah! ¿no lo sabías? En efecto, nada te había dicho — añadió con sencillez é inocente indiferencia: — pero pasado mañana saldré; voy á Valladolid á casarme. Puedes preparar algún regalillo de boda, cualquier cosilla de insignificante valor material, pero que siendo recuerdo tuyo valga más que todo el oro del mundo.

El espanto, el frío desengaño, la horrible pena, todo lo que Juanilla sufrió fué expresado en los gallardos dísticos de su hermosa égloga. Celio revela á Filis que ama á Amarinta, y Filis, ocultando sus celos y deseando la felicidad de Celio, brindale flores, frutas, leche y queso de sus cabras, y hace votos y pide á los dioses que velen por la dicha del mancebo.

Había una ternura y una delicadeza de sentimientos verdaderamente conmovedores en los hermosísimos versos del final. Copiada la égloga con una elegante escritura española que envidiara E. Turzaeta, metió la copia en un sobre, sobre el cual escribió: «Regalo de boda», y aquella misma noche, al salir D. Jerónimo y Juanita del cuarto de Miguel, trémula y pálida entregó el sobre al joven.

A la mañana siguiente habían de ir D. Jerónimo y ella á despedirle; pero al llegar á la casa supieron que el joven había estado esperando hasta hacía muy poco, pero que ya, devorado por la impaciencia, había marchado precipitadamente á la estación. Decidió D. Jerónimo ir á ésta; pero Juanita, ó porque se sentía sin fuerzas, ó porque creía hallar, sin duda, algún consuelo en penetrar siquiera por última vez en aquella habitación en que había sido tan feliz, pasó al cuarto de Miguel. Bien se veía que la marcha de éste fué precipitada; todos los muebles estaban revueltos: habíase dejado allí algunos libros, ¡ah! y de pronto Juanita quedóse hefada de terror, lanzó un grito, rompió á llorar y lanzóse á coger el sobre aún cerrado que contenía la égloga, y empapó en sus lágrimas aquel papel, y sintió en su corazón prendida la agudísima saeta que poco á poco hundióse hasta atravesarle; se lanzó morir por la más horrible de las muertes, por la que la ingratitud da á las almas generosas.

JOSÉ ZAHONERO.

LIMOSNA.

(PROSA DE IVÁN TOURGUENEFF.)

Pobre, astroto, desvalido,
Con acento dolorido,
De mis pasos yendo en pos,
Pidiéndome un débil anciano
Tendiendo la sucia mano
¡Una limosna por Dios!

Al oír su voz plañidera
Sentí compasión sincera
Y lo quise remediar;
Mas no llevaba conmigo
Nada que dar al mendigo
Para su hambre mitigar.

— Perdón, no llevo dinero —
Dije al pobre pordiosero; —
Perdón, amigo, perdón. —
Y, tendiéndole la mano,
Estreché la del anciano
Con ternura y emoción.

— Gracias — clamó el indigente
Suspirando dulcemente; —
Gracias por vuestra bondad.
¡Darle la mano á un mendigo
Y tratarle cual amigo
Es limosna y caridad!

M. R. BLANCO-BELMONTE.

LA REINA ISABEL DE RUMANÍA

(CONOCIDA COMO POETISA CON EL NOMBRE DE
«CARMEN SYLVA.»)

HAY cinco famosas *Isabelas*: la landgravina *Isabel de Turingia*, que era el ideal de la religiosidad, un modelo de santidad; *Isabel la Católica*, que tenía el esplendor de la majestad; *Isabel de Inglaterra*, que se distinguió por su sagacidad política, sabiendo ser reina y ser grande; la duquesa de Orleans *Isabel Carlota*, la popular *Liselott palatina*, que excita la admiración por la tenacidad con que, siendo hija de Heidelberg, conservaba en la espléndida corte de Luis XIV sus costumbres alemanas y la lengua alemana; é *Isabel de Rumanía*, que tiene el sello de la originalidad y el encanto de la personalidad, siendo á la par Reina y artista.

España, y sobre todo Granada, ante cuyos muros se desenlazaba la gran epopeya de la Reconquista, y en que bajo las bóvedas de la Real capilla reposan las cenizas venerandas de la augusta Reina que, en unión de su esposo Fernando de Aragón, á fines del siglo XV, tuvo la gloria de poner feliz remate á la constitución de la nacionalidad española; España se propone, merced á la idea nobilísima de la Academia de la Historia, á moción del señor Conde del Cedillo, exaltar una vez más el nombre de una egregia Reina y bendita mujer, solemizando con la pompa debida, el 26 de Noviembre de este año, el IV Centenario de la muerte de *Isabel I de Castilla*, en cuyo reinado se realizaron hechos tan brillantes como el de la conquista de Italia por el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, la unidad nacional, la expulsión de los árabes, después de siete siglos de cruentas batallas, y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Alemania y Rumanía han celebrado, entusiastas y agradecidas, el sexagésimo cumpleaños de la eximia Reina de la poesía y de un pueblo regenerado por las energías de sus príncipes, la Reina de los bardos de Gales, de los félibres de Montpellier y de los Juegos Florales de Colonia, la reina *Isabel de Rumanía*, que, nacida á las orillas del esplendoroso Rin el 29 de Diciembre de 1843, como hija del ilustrado príncipe Armando de Wied y de la ingeniosa cuanto bella princesa María de Nasovia, recorrió ya cuando niña las verdes selvas patrias, viviendo en contacto constante con el pueblo, y aprendió el arte de cantar

al accechar los trinos de las aves y los ruidos del bosque, complaciéndose por eso en llamarse *Carmen Sylva*, á quien arrulla la selva y cada hoja brinda un cuento. Ella misma saludó el otoño de su vida como un puerto seguro de paz, iluminado por el sol, y publicó el día de su fiesta artículos brillantes en varias revistas de Alemania y Francia, reflejándose en ellos el alma bondadosa y lúcida de la reina de los periodistas y poetas que ve en cada rostro lo bello y en cada carácter lo bueno, que ama las tradiciones cual raíces de que se alimenta la vida de los pueblos y se forma su historia, y que rinde culto perenne á su ángel muerto, su única y encantadora hijita que ansiaba besar el rayo pequeño del sol y cabalgar sobre las estrellas.

El recuerdo de la sin par comarca rhiniana ha acompañado á *Isabel* á la bullidora Bucarest, al parque de Cotroceni, próximo á la capital de Rumanía, al tranquilo convento de Sinaya, á su sencilla casita campestre frente á los Carpatos y á su magnífico castillo que las ondas frías del murmurante Pelesch bañan, pareciéndose las flores del corazón de la inspirada Reina, que continúan brotando de sus alegrías y de sus dolores, sus composiciones líricas coleccionadas en los libros titulados: *Tempestades*, *Mi reposo* (refiriéndose al castillo de Monrepos cerca de Neuwied), *Mi Rhin*, *Patria*, *Canciones del mar* y *cantares de obreros*, *Rocio*, *Fragancias del vino* á las vides más finas del Rhin que piden, no sólo luz, sino cuyo vino de fuego engendran las escarchas y nieblas. Verdaderas joyas son sus poesías dedicadas al Rhin, y

joyas y oro legítimo son los poéticos tesoros escondidos de Rumanía que desenterró, traduciendo al alemán muchas leyendas rumanas. Al traducir á su lengua, comenzó á aprender la métrica alemana, habiendo despreciado las reglas del arte en las producciones espontáneas que escribió antes de llegar á Rumanía.

Podría decirse de ella lo que el ilustre rector de la Universidad de Salamanca, Sr. Unamuno, decía del malogrado escritor y poeta Angel Ganivet, que de Granada fué al Norte, y allí aprendió á quererla: «Quien sólo una lengua sabe, no sabe ni la propia, y quien sólo un país conoce, ni aun éste conoce», pues el orgullo de la *Reina Isabel*

de la muerte, se representará en el teatro de *Carmen Sylva*, que bajo los auspicios del barón Wolf de Metzsch-Schilbach ha de inaugurarse en Bucarest para dar á conocer á la Península de los Balcanes las producciones del genio alemán.

La metrópoli del Rhin es la ciudad predilecta de la Reina, porque en Colonia se desposó con el segundo hijo del ilustrado príncipe Carlos Antonio de Hohenzollern, el noble príncipe Carlos de Rumanía, el después héroe de la guerra de 1877 y 78 contra los turcos, y primer Rey de los rumanos.

Si *Isabel* es una eminente poetisa, no se distingue menos en el arte de recitar, que parece haber heredado de su madre, rivalizando ambas señoras con las más afamadas artistas.

Dicen los rumanos que su Reina parece á Sarah Bernhardt. «De lo cual concluyo — escribió Isabel — que las dos desempeñamos bien el papel regio.»

Isabel de Rumanía, según la trata su amiga y colaboradora la esposa del Dr. Kremnitz, en la biografía de la Reina que salió á luz en 1903, es ante todo y sobre todo artista, poetisa subjetiva, impresionable, caprichosa, fantástica, apasionada, expansiva, candorosa, componiéndose su índole de un conjunto de contrastes. Tiene la aspiración vigorosa de hacer prevalecer su propia individualidad y de vindicar los fueros de su grandiosa naturaleza.

No quiere depender más que de sí misma; es indisciplinable y desafia á todo lo convencional, no sintiéndose feliz sino en el gremio de artistas.

Ansó un hijo como heredero del trono de Rumanía, pero aun más que un hijo, un más que sus mismos padres, ama su mágica pluma. Ella es su sostén y su ídolo. Y para escribir, roba las horas á la noche, levantándose á menudo á las dos hasta en el invierno. Quisiera poseer veinte manos para escribir y muchas cabezas para pensar.

Pasó de las ciencias á las artes, de la fe al misticismo y espiritismo. Posee el arte innato de regocijarse, y aunque habla con frecuencia de sus sufrimientos, sabe sacar miel de todo, como la abeja. La música divina serena su agitado espíritu.

Le falta la dote de la raza latina, la herencia de Cervantes, el buen humor. En cambio, sabe simbolizar cada casualidad diciendo, por ejemplo, que el tañido de las campanas que acompañaba su ingreso en el mundo cuando el árbol de Nochebuena ardía en el palacio de sus padres, debía de repicar también en sus postimerías.

Decía de ella el célebre pintor Francisco Lenbach después de haberla retratado: «¡Qué movilidad! Tiene una boca de niña, y sonrío como una niña de seis años.»

El emperador Guillermo I la llamaba «Nuestra niña», y la emperatriz Isabel de Austria, que la visitó en el castillo Pelesch el 2 de Mayo de 1887, decía que buscó en ella sobre todo la poetisa.

Es dádívosa como su tocaya la generosa reina Isabel II, cuya muerte hemos lamentado en este año. Escribió la hija del Rhin: «No me gusta la luna, porque es tan parca como una lámpara de noche. No ilumina, ni calienta, ni fecunda. Es como los filósofos, mientras que el sol es un artista. Cuando éste ha creado durante todo el día, llega la luna para criticarlo todo, y juzga que los árboles y flores son incoloros, porque tales los hizo su luz tan pálida.»

Fijando su mirada en un crucifijo escribió: «¡Cuántas luchas nos ha llevado el Cristianismo! Pero nos ha ofrecido también un cielo lleno de amor inmenso, y eso era lo hermoso. Cristo me mira y calla. Su silencio sella su doctrina más, como si continuase pronunciando discursos y arrojase centellas. Su silencio flota por los siglos como un aliento profundo, y presta vida á la llama que enciende.»

«¡Qué copia, qué tumulto de pensamientos hay en el cerebro de la hija! En él no hay estancación. *Isabel* es toda fuego y exaltación, mientras que su esposo, el heroico Carlos, es todo calma y moderación.»

Como prueba de que la Reina poetisa, cuyas can-



S. M. LA REINA ISABEL DE RUMANÍA

(«CARMEN SYLVA.»)

estriba en escribir poesías, no sólo en alemán, sino también en inglés, francés y rumano.

Es una pródiga de espíritu y de alma en los aforismos que escribió en francés y que Luis Ulbach publicó con el título de *Pensées d'une Reine*.

Gallarda muestra de su numen son sus poemas *Jehová* (conteniendo la leyenda del *Judio Errante*), *Una bruja* y *Una plegaria*, y una producción verdaderamente humana son sus cuentos *Peregrinación del dolor por la tierra*.

En colaboración con su amiga la Sra. Kremnitz escribió las novelas *De dos mundos*, *Astra*, *El Correo Militar*, y vertió al alemán *Los pescadores de Islandia*, por Pierre Loti, y *Los dos máscaras* (la tragedia y la comedia) por Pablo de Saint-Victor. Dió á la estampa narraciones cortas que ha vertido al castellano la Sra. D.ª Faustina Sáez de Melgar. Hacemos votos por que se realice esta aspiración de la fecundísima artista: «Quisiera que el mismo día saliese una de mis producciones en todas las lenguas cultas.»

Aunque la Reina es más grande como poetisa lírica que como autora dramática, ama sobre todo su drama *El arquitecto Manolo*, estrenado en el teatro Imperial de Viena, y basado en una leyenda rumana que descubrió el gran poeta Alkxandri y que se refiere á la iglesia episcopal de Curtea de Argesch, en la que han de reposar las cenizas del primer Rey de Rumanía, según me participó la Reina en una de sus extensas cuanto originalísimas y amables epístolas, usando ora la máquina de escribir, ora el lápiz. Quizá aquel drama, que podría compararse con el de Echegaray *En el seno*

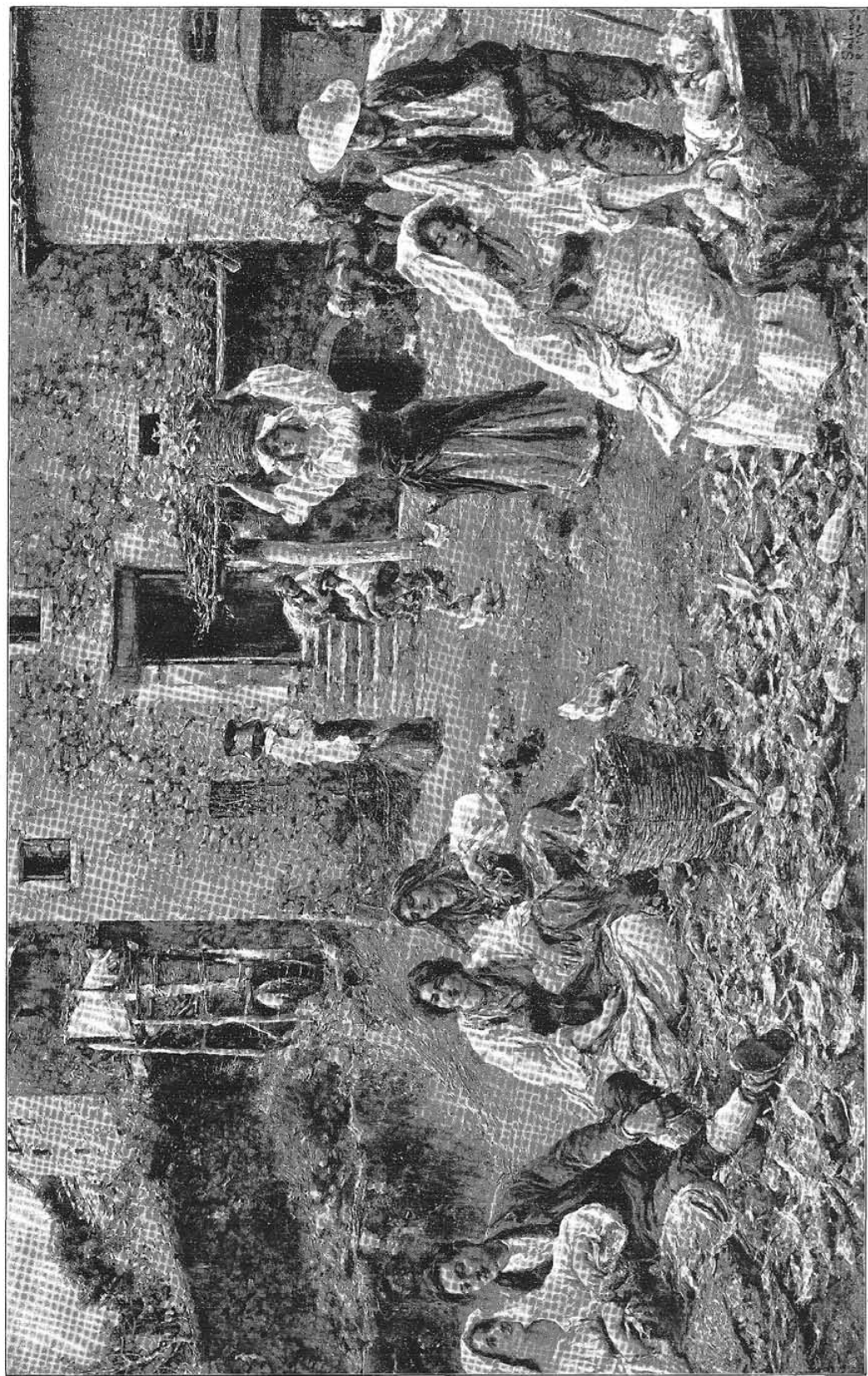


NÁPOLES.—INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á GARIBALDI.

De fotografía de Ronzetti.

DEL ESCULTOR CÉSAR ZOCCHI.

BELLAS ARTES.



RECOLECCIÓN DEL MAÍZ.

CUADRO DE P. SALINAS.

ciones alcanzan á veces el admirable candor de las estrofas de Goethe, tiene el valor de su opinión, mencionaremos los párrafos que escribió después de haber presenciado una función en el teatro de Bayreuth: «El *Parsifal*, de Wagner me parece la profanación de nuestros símbolos más sagrados. Carece de melodía. Me ha producido indignación y risa. El lenguaje es trivial, los versos son feos.»

Isabel habla de lamentar el martirio de su hermano Othón que murió cuando niño. Ella escribió la biografía del desventurado con el título *Consummatum est*.

Hablando del sol, decía *Isabel*: «Derrama rayos siempre nuevos: no envejece, no se cansa, no se agota. Lleva eternamente amor y fantasía. Y siendo nosotros hijos del sol, le parecemos en fuerza y eternidad.»

Y al comparar al Rhin con el Danubio, escribió en uno de sus arranques: «¡Mi Rhin, mi Rhin, mi Rhin! No existe sino una vez en el mundo. El Danubio es un gran señor vistiendo gala; pero el Rhin es el mismo dios Amor, con su faz risueña, sus cabellos rizos, sus rayos de sol.»

Su último cancionero, sus *Fragancias del vino*, lo ha dedicado *Isabel* á la célebre *Sociedad Coral de Colonia*.

Pero, no sólo el caudaloso y poético Rhin, sino también el río Pelesch, desempeña un relevante papel en la vida de la poetisa *rhiniano-romana*: su niña pedía agua fresca del Pelesch; éste brinda agua del castillo del mismo nombre formando cascadas, y la dueña del palacio encantado inventó leyendas relativas al Pelesch, denominando su obra *Del reino de Carmen Sylva*.

Pero más popular es la canción de la Reina dedicada á Bonn, que cantan sin cesar los estudiantes celebrando el arpa de oro de la cantora del Rhin.

Nació ésta de una gloriosa estirpe de sabios y de patriotas alemanes, siendo uno de sus antepasados arzobispo de Colonia. Pasó sus primeros años en el palacio de Neuwied, y el verano en el cercano Monrepos, rodeado de un bellissimo bosque y sito en una cumbre de donde se goza un panorama delicioso sobre el Rhin y la verdura del paisaje.

En Bonn se sentó á los pies del gran ciudadano alemán, el anciano catedrático y poeta Ernesto Mauricio Arndt. Cuando adulta, escribió acerca de su madre amantísima: «Tú eres la única criatura que tiene tanta paciencia para conmigo como el buen Dios.»

Después de haber visto morir á su queridísimo hermano enfermizo, pasó días hermosos y felices en Berlín, en el lago de Ginebra, en Ouchy, en San Petersburgo y en Moscú, en Nápoles y París y en la romántica Suecia, cuya lengua aprendió.

Teniendo por casamentero al después emperador Federico III, desposó el 12 de Octubre de 1869 en el Jardín botánico de Colonia llamado Flora, cuyas palmeras me recuerdan las de España, con el príncipe Carlos de Hohenzollern, que ya desde Mayo de 1866 ocupaba el trono de Rumania.

En Turnu Severín pisó la Princesa por primera vez el suelo rumano, viendo aquellos trajes pintorescos de los aldeanos, de que se enamoró tanto, que los introdujo para sus damas de palacio. A las orillas del Danubio la esperaba un carro coronado de flores y tirado por ocho caballos, acompañando á los Príncipes un tropel de aldeanos vistiendo el pintoresco traje rumano. En un día lúcido de Noviembre hizo su entrada en Bucarest, cuyas casas parecían hechas de alabastro.

El trato de la sociedad aristocrática de la capital de Rumania le era muy simpático, distinguiéndose las señoras por su naturalidad y su gracia, su elegancia y su cultura.

El 8 de Septiembre de 1870 *Isabel* dió á luz una preciosa niña, en el momento en que el águila de los Hohenzollern extendía su vuelo sobre la Alemania unida por la guerra. Pocos días antes había ocurrido un acontecimiento extraño: la revolución de un día, la rebelión de Plojescht, cuyo protagonista era el abogado-poeta Candiano, que fué después general y ayudante del príncipe Carlos, y cuyas poesías tradujo al alemán la princesa *Isabel*. Esta sabía encantar á los rumanos por su suavísima voz, su gracia, su hermosura, su entusiasmo, y parecía la buena hada del país. Penetraba á maravilla en el idioma rumano, que une lo armonioso y dulce del italiano con la melancolía singular de las lenguas eslavas.

Pero ya en 1874 había de humedecer con sus lágrimas la tumba de su adorada hijita, que se encuentra en una colina, cerca del palacio de Cotroceni. Su único consuelo eran las letras, sus poesías, sus traducciones de Alkessandri, el tocar el órgano ó el clave y el manejar el pincel. El dolor profundo hizo de ella una gran poetisa, á quien sólo falta la paciencia para corregir sus trabajos. ¿Quién no admira el valor de Carlos y de los

rumanos en la guerra de 1877, en la epopeya de Plewna, y el celo de *Isabel*, que se dedicaba á derramar bálsamo en las heridas de los soldados? Rumania alcanzó su independencia, y los ilustres Príncipes fueron coronados como reyes en Bucarest, bajo el cielo azul de Rumania, en el mes florido de Mayo de 1881, inaugurándose una era de prosperidad y rodeando al nuevo reino de una aureola poética la gloria de *Carmen Sylva*.

Una de las fiestas más hermosas que presencié la Reina fué la inauguración de la iglesia de Curtea de Argesch, que se verificó en el otoño de 1886. La iglesia está escondida en los montes: es una fábrica oriental de cinco torres. Fué construída en 1508, bajo el reinado del príncipe Neagoe, por un extranjero, el arquitecto Manole; y después de su restauración por el francés Lecomte, que necesitaba diez años continuos para su obra, parece un cuento de hadas, una perla de Oriente.

Dice la tradición que los genios de los montes no permitieron á Manole terminar la fábrica, derribando durante la noche lo que había construído de día. Por eso el arquitecto y sus compañeros concibieron la idea de tapiar al primer viviente que vieran por la mañana.

Por desgracia, este viviente era la joven y hermosa mujer del arquitecto. Los demonios huyeron, pero el arquitecto se lanzó, lleno de desesperación, desde el tejado, brotando una fuente prodigiosa en el sitio donde había caído.

La Reina, cuya delicia es el trabajo, regaló á la iglesia un precioso evangelario, adornado de mano maestra con pinturas de *Isabel*.

El 22 de Marzo de 1887 asistió á las fiestas que se celebraron en Berlín con motivo del nonagésimo cumpleaños del Emperador, y en Marzo del año siguiente presencié los funerales de nuestro venerable Barba Blanca, exclamando el poeta Candiano: «¡He visto algo más grande que el Himalaya y el Océano: el reconocimiento de un pueblo!»

El destino trágico del mártir de Potsdam, el emperador Federico III, que murió apenas había subido al trono, conmovió en el alma, pues Dios no había escuchado las fervidas paces, la oración de Alemania, que *Isabel*, como intérprete de los sentimientos de todos, expresó en sentidos versos en la Nochebuena de 1887.

Después de pasado el primer duelo, la Reina salió para los baños de Sylet, donde se le presentaba un idilio encantador, viéndose *Isabel* rodeada de una turba de niños, á quienes había de narrar cuentos y recitar sus poesías, y sintiéndose la Reina por primera vez sólo como poetisa alemana en medio de sus amigos infantiles.

Más grata todavía era para la Reina su estancia en la villa de Segenhaus (casa bendita), cerca de Neuwied, que habitaba la Princesa madre de Wied desde la muerte de su esposo, y que la Reina había celebrado ya cuando Princesa en una bellissima canción, pintando en 1879 su llegada á la casa, donde toda la gente, desde el anciano hasta el niño, la obsequiaron con flores vitoreándola, donde hasta los sordo-mudos gritaron ¡viva!, y donde los árboles, que la conocen y tanto tiempo la han echado de menos, al arrullo de la brisa murmuraban betovenianas sinfonías.

La gran desilusión de la Reina consiste en no haber logrado su vehementemente deseo de casar su dama de honor, la poetisa rumana Elena de Yacaresco con el Príncipe hereditario de Rumania, el joven Fernando de Hohenzollern, lo cual ni permitió el pueblo rumano ni el Rey. En 1891 la Reina abandonó su país, llevándola el Rey á Palanza, donde el poeta alemán Ricardo Voss, en un drama alusivo á *Isabel*, se hizo el campeón de la que el francés Pierre Loti había defendido en un libro titulado *La desterrada*.

De Palanza salió la Reina para Segenhaus, demandando ansiosa paz á la sombra de sus patrios lares, permaneciendo dos años bajo el abrigo de su incomparable madre, que llena de abnegación la colmó de muestras de amor, adormeciéndole sus ayes.

Cuando después de haberse calmado su dolor y ahuyentado sus fúnebres recuerdos de amargura volvió á su patria adoptiva, en el otoño de 1894, la Reina fué recibida por su pueblo generoso con demostraciones de júbilo inmenso, llenando los ámbitos del viento la ovación entusiasta y leal.

Y de aquí en adelante, la vida de la Reina de Rumania está llena de armonía. Rejuvenecida á pesar de sus canas, exclama: «¡Dadme acentos nuevos para que descubra una nueva lengua que exprese mis sentimientos volcánicos, y para que mi postrera canción se remonte titánica al cielo.»

Desde el fallecimiento (ocurrido en 1902) de la que era para ella, además de la más tierna madre, la más benigna, la más cariñosa amiga, la *Casa bendita* alberga á la Reina todos los años, lanzando á la poetisa, que está escribiendo el libreto para la

ópera *La doncella de Orleans*, á los más varios géneros del levantado y ardoroso ímpetu de su fantasía. Es la *Casa bendita* una fuente de inspiración para los músicos y poetas, figurando entre ellos el distinguido compositor y poeta Augusto Bungert, que ha puesto en música muchas composiciones líricas de la egregia autora y la tetralogía *La Odisea*.

En la primavera de 1882 tuvo el que escribe estas líneas la satisfacción de ofrecer sus respetos á los Reyes de Rumania, y tuvo el placer de saludar en la *Casa bendita* á la bondadosa madre de la Reina y á su compañero fiel el que fué presidente del Consejo de Baden, el Barón de Roggenbach, y de escuchar de los labios de la Princesa la nueva, que nos llenaba de júbilo, de que la Reina se había dignado aceptar el título de primera Reina de los Juegos Florales de Colonia, telegrafando *Isabel*: «Diga usted que lo acepto con suma gratitud.»

Cada año nos obsequia con un premio extraordinario y con un telegrama afectuosísimo, y el primer domingo de Mayo de 1899 su joven delegada, de nombre *Isabel* de Radermacher, es linda y simpática hija de Neuwied, cuya prematura muerte acaban de llorar Neuwied y Colonia, nos entusiasmó al recitar en el grandioso Gürzenich, con la dignidad de una sacerdotisa del arte, el inspirado saludo poético de *Isabel de Rumania*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 30 Septiembre 1891.

EL CURANDERO.

(CUENTO QUE PARECE HISTORIA.)

¡PENAS la comisión hubo salido, tomó el Gobernador la postura clásica de las grandes meditaciones. Era necesario resolver, acreditándose al propio tiempo como autoridad enérgica y celosa.

Verdaderamente tenían razón aquellos exasperados doctores que invocaban la ley y exigían su cumplimiento. El curandero D. Miguel, el famoso charlatán de cuya ciencia prodigiosa se hacían lenguas infinitos enfermos agradecidos, debía ser castigado como embaucador y farsante. Era iniciado que médicos respetables, llenos de experiencia científica, encanecidos sobre los libros, que sólo abandonaban para jugar alguna partida de tute, no encontraban un enfermo á quien curar de sus dolencias. Y él, autoridad celosa, hombre recto que sólo en tiempos de elecciones dejaba de respetar la ley, tenía que hacer honor á su leyenda de incorruptible y severo.

Pero, por otra parte, ¿y si el pueblo se alborotaba con la prisión de D. Miguel? ¿Y si los enfermos agradecidos promovían un conflicto de orden público?

Del curandero no se sabía hubiese cometido barbaridad alguna con los clientes que su fama conquistaba por doquiera. Debía ser un hombre muy práctico, y que poseyese verdaderos conocimientos médicos. Y si esto era así, ¿por qué hablaba despreciativamente de los doctores salidos de las clínicas?

El asunto era de esos que ponen á prueba el tacto y buen sentido de un gobernador de tercera clase. El honrado poncio recordaba meditando el motín que ocurriría el domingo anterior, cuando se suspendió la corrida á causa de haberse escapado los toros. Y por eso, temeroso de una nueva perturbación del orden, se esforzaba por extraer de su caldero una idea luminosa que le permitiera cumplir con la ley, evitando un conflicto al propio tiempo.

Por fin encontró la solución buecada. El *jeurka!* de Arquímedes fué, débil exclamación si se la compara con el grito de alegría que dió nuestra meditada autoridad, al ver surgir de la bruma de su meollo la idea perseguida durante tan largo rato.

Si, eso era lo más práctico. Vería al curandero en su despacho, allí mismo, para informarse de su nombre efectivo, de sus conocimientos, de su historia, y después le persuadiría á que trasladase su residencia á otra ciudad. El famoso D. Miguel, que el Gobernador se figuraba bastante listo, sabría apreciar en su justo valor tan sabio consejo.

Y después que el poncio dió las órdenes oportunas para que el curandero compareciese ante su presencia, púsose á leer, ya más tranquile, un expediente de suspensión de un municipio.

* *

Un ordenanza anunció al charlatán famoso, causa de las perplejidades de su Excelencia. El Gobernador, después de decir «que pase», adoptó un continente grave, y continuó revisando *pro fórmula* el expediente que citamos más arriba.

Entró con paso mesurado el célebre D. Miguel. Era un hombre de edad madura, de rostro surcado por arrugas que parecían tener como causa pesares más bien que años. El Gobernador levantó la cabeza, examinó con una ojeada al curandero, y quedó atónito, expresando en su poco antes austera faz la mayor de las sorpresas.

El D. Miguel, por su parte, también parecía experimentar un gran asombro. Parado junto al dintel de la puerta, clavaba sus ojos de mirar inteligente en el rostro del Gobernador, y su aspecto era el de un hombre que quiere recordar hechos casi perdidos en la bruma del pasado.

El Gobernador fué el primero que rompió aquel silencio.

—Pero ¿eres tú, Perico?—dijo levantándose de pronto y avanzando hacia el curandero.

Este pareció recordar al fin. Su faz se iluminó en una evocación lograda, y arrojándose en los brazos de la poco antes severa autoridad, murmuró entre conmovido y atónito:

—Sí, chico, yo soy. Y tú, ¿cómo has llegado a gobernador cuando eras el más desahogado de la clase?

Los dos amigos, después de abrazarse, sentáronse junto al balcón ansiosos de aclarar sus situaciones respectivas.

El Gobernador, aún no repuesto de su asombro, fué el primero que entró en materia, haciendo a su antiguo condiscípulo una serie de preguntas que no aguardaban la respuesta.

—Pero, Perico, ¿no estudiabas tú para médico?... ¿No alcanzabas las notas más brillantes?... ¿Cómo no conquistaste la carrera?... ¿Por qué te has metido a curandero, profesión, ó lo que sea, que te puede conducir a la cárcel?

El llamado Perico suspiró hondamente. En su rostro, donde los pesares dejaron amarga huella, se pintó una tristeza de luchador vencido y resignado. Y su voz de hombre sin ilusiones para quien el mundo no guarda nada nuevo, dijo con entonación cansada y triste:

—¿Qué quieres? Concluí la carrera, compré el título con la postrer tierrecilla que de mi padre heredara, y me establecí en la ciudad donde transcurrieron mis años de estudiante. Estaba solo, y eran mis ilusiones adquirir un nombre y una clientela productiva, y vegetar tranquilo en el seno de una familia que hubiese creado.

Pero no pude conseguirlo. En la ciudad había médicos que se morían de hambre. Las plazas mezinicas de la Beneficencia oficial provocaban en cada vacante luchas encarnizadas, donde la recomendación era arma de combate.

Unos cuantos afamados monopolizaban la clientela rica, y el resto vegetaba en una existencia fatigosa de médico que apenas cobra, y eso mal, la tercera parte de sus visitas.

Quise luchar y acreditarme. Rico en voluntad, apuré todos los medios para hacermene con un nombre, base de cosas más seguras y prácticas. Yo establecí una clínica gratuita. Yo fundé igualatorios donde por una pequeña cantidad mensual se facilitaban al asociado médico y medicinas. Yo estudié a fondo las enfermedades del estómago con el fin de acreditarme como especialista. Yo intenté oposiciones para plazas en el hospital, que no se me dieron para atender á otro mejor recomendado. Yo.... pero ¿a qué seguir? Yo lo probé todo, lo hice todo, luché en todo, consiguiendo solamente una gran nombradía entre la clase pobre, cosa muy satisfactoria, pero que no da de comer....

Un día, descorazonado, sufriendo una crisis de desaliento, de esas que explican las claudicaciones mayores, entré en cuentas conmigo mismo, é hice el balance de mis esfuerzos y de los resultados que éstos obtuvieran. La experiencia, en sus lecciones amargas y elocuentes, me decía que el nombre, la fama, no son ganados por los más sabios, sino por aquellos que tienen más fortuna. Un caso, donde la casualidad obra, puede acreditar á un doctor mediocre de Virehow redivivo, mientras muchos hombres de talento claro, de ciencia sólida, de intución maravillosa, vegetan oscurecidos por no haber hecho una cura de esas que se comentan en los periódicos, y que el público ignora, siempre impresionable y propenso á engañarse, juzga como revelación de una lumbrera.

De todas estas reflexiones, saqué una conclusión: que debía abdicar de mi profesional orgullo, y buscar por medios prácticos el modo de acreditarme. Y, ya en este camino, de la conclusión anterior extraje la consecuencia, de que el título con tantos esfuerzos conquistado era una rémora para mi crédito futuro.

¡El título! Su impotencia para darme el pan hizo que llegara á aborrecerle. Y si el título de nada me servía, ¿por qué no rodear mi ciencia de una aureola de misterio? ¿Por qué no anunciarme *sotto voce* como curandero maravilloso, á cuya experiencia yo se escapa el germen de ninguna dolencia?

Mis largos años de clínica podrían servirme entonces admirablemente. Mi ciencia, formada por la práctica y la diaria observación, me garantizaban el éxito en los casos de curación posible. Y mis conocimientos en la farmacoepa, eran prenda de que las recetas que yo elaborase, nada tendrían que envidiar á los récipes que tantas veces recetara.

Maduré este proyecto, y un día abandoné la ciudad, trasladándome á otra de diferente provincia. Cambié de nombre y hasta de fisonomía. Me dejé la barba, para darme un aspecto sibilitico de apóstol y taumaturgo, de esos que impresionan á las gentes sencillas. Vestí para las horas de consulta una larga bata parecida á la túnica de un senador romano. Escogí para mis visitas á los domicilios de los pacientes una indumentaria formada por viejo levitón abotonado, gafas, y sombrero de copa pasado de moda. Me hice anunciar por algunas curas gratis que hicieron mucho ruido en el barrio que habitaba, y á poco, creciendo mi renombre, me vi asediado por una numerosa y heterogénea clientela.

El público que me despreciara cuando ejercía legalmente, parapedado con mi título, me consideró un genio apenas le curé como un empirico y casi milagrero. Mis recetas, que yo mismo fabricaba, y que se componían de idénticos medicamentos y combinaciones que las de la farmacia, y mi tratamiento, igual al que en casos análogos pudiesen establecer mis dignos colegas, consiguieron, en su alación con el misterio, unos maravillosos resultados.

Curaba á los pobres, porque su agradecimiento les convertía en gratitos vooeros de mi genio inmenso. A los ricos, porque me pagaban honorarios que yo tasaba según la gravedad y fortuna del paciente. Y como jamás varié mi curación segura en los casos peligrosos, cuya importancia hacía resaltar para el ulterior éxito, conseguí que mi fama llegase á alturas inauditas.

Los médicos con título, furiosos de mi nombradía, me persiguieron como charlatán que ejerce fraudulentamente el arte de curar. Podía haber exhibido mi título, pero esto habría sido mi ruina completa. Transigí y abandoné la ciudad, pasando á otra, donde me sucedió igual después de algunos meses. Y así, de etapa en etapa de mi existencia curandera, ahorrando para la vejez, amasando un capitalito, y de paso haciendo todo el bien que puedo, he llegado á esta ciudad, donde, por lo visto, tengo que repetir la historia de los últimos años.

Así, pues—concluyó Perico,—dentro de seis días me marcharé de tu insula. Pero, por nuestra antigua y leal amistad, te suplico que no desubras mi categoría de doctor, y que no digas por ahí que poseo un título, porque eso sería condenarme, desde mis opulencias de curandero, al calvario atroz de médico sin enfermos....

FABIÁN VIDAL.

EL MES DE LOS DEPORTES Y LA MODA.

Caza, automovilismo, etc., todos los ejercicios al aire libre, están al orden del día. Perfectamente; la moda sale ganando, la salud también, y, por lo tanto, la belleza. Pero es preciso no omitir las indispensables precauciones, es decir, usar todos los días la *Brisa exótica*, este producto de la *Parfumerie Exotica, 35, rue du Quatre-Septembre, Paris*, que se emplea en agua y en crema y que conserva la piel flexible y fresca, borra las arrugas y los granos.

Y estaréis completamente bellas, seguramente, si pedís á la *Seve Sorelliere, de la Parfumerie Nison, 31, rue du Quatre-Septembre, Paris*, el brillo maravilloso y la extraña profundidad que ella sola comunica á las miradas femeninas.

CONDESA DE CERNAY.

Coleccion espléndida.

Lo es, sin duda, la que de grabados, reproduciendo bellísimos dibujos de invierno para señoras y señoritas, ofrece *La Moda Elegante* en su número 38.

Acompañan á tan notable número un primeroso figurín iluminado y un gran Suplemento de dibujos para bordar.

En el Suplemento termina la publicación de la interesante novela titulada *Gabriela*.

DENTIFRICOS DE BOTOT. Exigir la Arma BOTOT. 17, rue de la Paix, Paris. En venta en todas partes.

ROYAL HOUBIGANT nuevo perfume Houbigant, perfumista, 19, Faubourg S^t Honoré, Paris.

FERRO-QUINA BISLERI. El uso de este licor se considera ahora como una necesidad para los nerviosos, anémicos y los debilitados de estómago. El ilustre profesor ENRIQUE MORSELLI escribe: «Me ha dado insólitos resultados en las formas de dispepsia ténica, como también en todos los estados de debilidad general que complican la neurosis histérica.» REPRESENTANTE EN ESPAÑA: ALFREDO ROLANDO, BAJADA SAN MIGUEL, 1, MILAN.

MEDALLA DE ORO PARIS 1900. VINO DE PEPTONA CATILLON. Restituye las fuerzas, el apetito, la digestión. EL MEJOR CONFORATIVO DE LOS DEBILITADOS niños, ancianos, enfermos del estómago, pecho, anemia, etc.

JABON "AU LAIT DE VIOLETES". El jabón que al perfume verdadero de la violeta une todas las cualidades propias para la belleza y frescura de la piel. Preparado especialmente por la Sociedad Higiénica, 25, Rue de Rivoli, Paris.

KARISTELE. Nueva perfuma. Medalla de Oro 1900. AGNEL, 16, Av. de l'Opera, PARIS.

VINO DIGESTIVO DE CHASSAING. 30 años de éxito contra las enfermedades del aparato digestivo (dispepsias, inapetencia, pérdida de fuerzas). Paris, 6, Av. Victoria.

AZUREA. Le parfum du jour. L.T. PIVRÉ - PARIS.

45 años de éxito PANACEA ROSADA AGUILAR. Infalible en babeo, dentición y desórdenes vientre de niños.

El 98 por 100 de los enfermos crónicos del estómago é intestinos se curan con el Líquid estomacal de Saiz de Charlos, Serrano 30, farmacia, Madrid, y en las principales de España y América.

LOS INSECTOS. Para disipar la inflamación producida por la picadura de los insectos, será necesario aplicar algunas gotas de Alcohol de Menta de RICQLES; antiséptico de un perfume delicioso, el RICQLES lo trata soberanamente. Se encuentra en todas las buenas farmacias. Exigir el nombre de RICQLES. (Fuera de concurso, Paris, 1900.) Depositario general: Curriel, calle Balmes, 69, Barcelona.

Consultorio Ortopédico. Especialidad en Fajas y Brazaletes. Inmenso surtido en toda clase Gomas y aparatos ortopédicos. Carmo, 21, Madrid.

SEÑORA. católica, de esmerada educación, de cuarenta á cincuenta años de edad, se ofrece al matrimonio en la casa. Hace falta para ponerse al frente de una en que hay niños. No ha de dar lecciones, pero sería preferida la que hablara correctamente el francés. Dirigirse con informes y condiciones á la Sección de encargos de La Moda Elegante, Arenal, 18, Madrid.

CREMA DE LA MEGA. Importante receta para Blanquear el Cutis, sana y hídrica. Basta una pequeña cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blanca suave y nacarada del marfil. J. D'UZZESZECZ, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS.

BANCO DE ESPAÑA. Concurso para el suministro de impresos y libros destinados á sus sucursales.

Por acuerdo del Consejo de gobierno se abre un concurso para proveer á este Establecimiento de los impresos, libros, papel especial y sobres con destino á sus sucursales, y con sujeción á las condiciones que se determinan en las proposiciones que se facilitarán por el negociado de Material, donde se allanar de manifiesto los modelos correspondientes.

Los concurrentes deberán presentar sus proposiciones para todos los grupos ó subgrupos, ó para algunos de ellos, en pliegos lacrados, hasta las cuatro de la tarde del día 31 de Octubre, reservándose el Banco el derecho de adjudicar dicho servicio total ó parcialmente á uno ó á varios de los que hubieren concurrido, así como de desestimar todas las proposiciones que considere inadmisibles. Madrid, 23 de Septiembre de 1904.—Por el Director-jeefe de las sucursales, Isidro Azcona.

Hasta el día 30 de Octubre, á las dos de la tarde, se admitirán en la secretaría del Banco proposiciones para el suministro de cok de gas inglés de llama larga y leña de pino, para el consumo del año de este Establecimiento.

El pliego de condiciones para el concurso estará de manifiesto en la misma secretaría, negociado de Conservaduría, desde esta fecha. Madrid 12 de Septiembre de 1904.—El vicesecretario, Francisco Belón.

El Consejo de Gobierno, ha acordado autorizar la circulación de una nueva serie de billetes de 50 pesetas, que llevan la fecha de 30 de Noviembre de 1902.—Madrid, 5 de Octubre de 1904.—El secretario general, Gabriel Mirandó.

LIBROS PRESENTADOS

A ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Contabilidad Comercial.—Así se titula el tomo XLV que los infatigables editores «Sucesores de Manuel Soler» acaban de publicar.
La obra, aunque manual, es un tratado completo de contabilidad, y está redactada siguiendo un plan rigurosamente científico que la hace asequible á todos por pocos que sean sus conocimientos en Aritmética.

El autor divide la parte teórica en dos secciones: las cuentas extracontables, en la que se estudian los capítulos siguientes: Preliminares.—Metrología.—Estenografía.—Porcentajes ó Interés simple.—Descuento simple.—Interés y descuento compuestos.—Compañías mercantiles.—Transporte.—Precio.—Documentos de crédito.—Cambio nacional.—Cambio extranjero.—Bolsa. Y las intracontables, en la que se tratan los capítulos cuyos títulos ponemos á continuación: Preliminares y fundamentos de la Partida doble.—Cambios contables.—Libros comerciales.—Cuentas digráficas.—Cuentas de especul.—Valores nominales.—Cuentas personales.—Operaciones en comisión.—Cuentas corrientes con interés.—Cuentas en participación.—Cuentas colectivas.—Apertura de libros.—Marcha sistemática de la contabilidad.—Balance general. Cierre y reapertura de libros.—Liquidaciones.—Barcelona, 1904.—Precio: 3 pesetas.

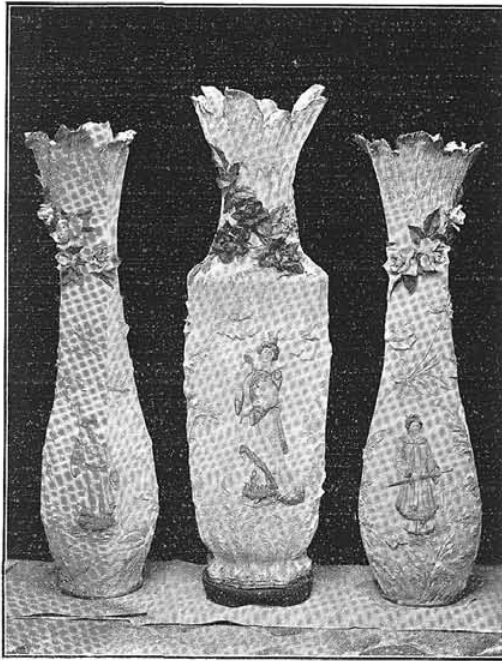
Apuntes para la historia de Villafranca de los Barros (Badajoz).—El distinguido periodista y erudito cronista de Extremadura don José Cascales y Muñoz ofrece hoy al público, editado por el Ayuntamiento de Villafranca de los Barros, esta obra verdaderamente importante «por las peregrinas y curiosas noticias críticamente eslabonadas, y hasta por la forma en que están presentados los datos arqueológicos de que, por vez primera, se trata de deducir la historia de aquella desconocida población». Mucho más que cuanto nosotros pudiéramos decir en elogio del notable y bien documentado trabajo del Sr. Cascales, lo dicen eloquentemente el laudatorio informe de la Real Academia de la Historia y la encomiástica carta del R. P. Fidel Flita, que figuran al frente del volumen.

Y para que todo resulte plausible en esta obra, es de justicia consignar que el importe de cuantos ejemplares se vendan lo ha cedido generosamente el autor á beneficio de los pobres de la población por él historiada.—Madrid, 1904.—Precio: 2,50 pesetas.

Dolores.—En distintas ocasiones hemos celebrado en justicia la meritoria labor que la Casa editorial yanqui de los Sres. D. Appleton viene haciendo, dando á conocer en castellano obras selectas de literatura, pedagogía, ciencias y artes, y contribuyendo á la difusión de nuestro hermoso idioma y de la cultura general.
Hoy se nos presenta nueva ocasión para elogiar á esta Empresa, con motivo de la publicación de *Dolores*, interesante y bella novela original de la notable escritora inglesa Carlota M. Brereton, autora de producciones tan alabadas como *Dora*, *Anaceta*, *Leonor*, *La niña mimada*, y otras.

Dolores es una novela que puede ser leída por todos, que interesa por el asunto, que recrea con sus descripciones, que conmueve con sus episodios y que contiene sanas enseñanzas morales.
La versión castellana ha sido hecha con mucho esmero por D. Vicente Boerra.—Nueva York, 1904.—De venta en todas las librerías.

Poemas.—Libro de poesías, por D. José de Diego. Desde los once años de edad figura el autor entre los poetas porriqueruños, y la índole de sus obras poéticas ha variado según la evolución de sus ideas, no siempre ortodoxas, según confiesa en su excelente Introducción, hasta que la reflexión le condujo al conocimiento de la verdad, deplorando sus extravíos. En la colección que ofrece al público ha eliminado lo que repugna ya á sus sentimientos: su estilo es noble, sus imágenes brillantes, sus estrofas víriles é inspiradas en vehementemente patriotismo. Aunque sólo contenía el libro su soneto *Días ívros*, bastaría para que su leyera en España con un placer y gusto; pero contiene muchas páginas hermosas.—Barcelona, 1904.—De venta en todas las librerías.



JARRONES ARTÍSTICOS,

POR JOSÉ C. ORTIZ.

De fotografía de J. Marfisi.

La infancia, su desarrollo espiritual y corporal, y éxitos de la cura Knapp en las enfermedades nerviosas de los niños, con un Apéndice sobre la parálisis infantil.—Por el Dr. Adalberto Kupferschmid. Versión castellana directa del alemán por D. Manuel María Angelón. (Segunda edición).

Este libro, publicado por el editor Sr. Gili, es una comprobación racional y autoridísima del método Knapp para la curación de las enfermedades nerviosas de los niños. Nada tan interesante y simpático como todo lo que tiende á fortalecer física y espiritualmente á la infancia, porque de ella depende la constitución de una sociedad sana de cuerpo y alma, inteligente y vigorosa. Tal es el objeto que se ha propuesto el autor con la publicación de esta excelente obra, muy popular en Alemania y en todos los países cultos. En el libro estudiáanse extremos tan importantes como los referentes á la neurosis y á la ley de la herencia; á los principios pedagógicos fundamentales de los antiguos (griegos y romanos) y de los tiempos modernos; á las funciones de los nervios; á las enfermedades más importantes del sistema nervioso y del desenvolvimiento psíquico de los niños; y á la hidroterapia científica y parálisis infantil.—Barcelona, 1904.—Precio: 3,50 pesetas.

Armenia.—*Jetatura.*—*La Vida Literaria*, importante Casa editorial de Barcelona, ha inaugurado una nueva serie de obras de autoras escogidas, con una de las más preciosas novelas del famoso maestro Stendhal, cuyo título es *Armenia*.

Stendhal merece ser popularizado en España, donde su nombre corre de boca en boca, pero pocos conocen sus obras, é indudablemente merecen elogios los Sres. Guar-

ner, Taberner y Compañía por haber dado en toda su integridad y fielmente traducida esta admirable novela que nos ocupa.

Por su mérito literario; por la parte material, que no puede ser mejor, y por el precio (una peseta), merece este libro el favor de los amantes de buenas lecturas.

También la misma Casa editorial ha publicado *Jettatura*, tomo XII de la colección de *Novelas españolas y extranjeras*.

El nombre de Gautier, el de su traductor Ramón Sempau, y la misma reputación que entre el público goza esta colección, hacen innecesarios los elogios.—Barcelona, 1904.

Biografía del Dr. D. Bartolomé Sánchez de Feria.—Enrique Redel es uno de los literatos andaluces más notables por su talento y por su laboriosidad. A sus lauros de poeta inspirado, de crítico culto y sereno y de periodista trabajador, junta hoy nuevos títulos que le hacen acreedor á sincero elogio con la publicación de este magnífico estudio biográfico de Sánchez de Feria, escritor cordobés del siglo XVIII.

Mucho y muy bueno puede decirse de esta obra: la Real Academia Española hizo de ella mención honorífica, alabándola en justicia; el reverendo P. Mir, en afectuosa carta, celebra cumplidamente así la parte de investigación, como la claridad y limpieza de estilo del autor. Y aún hay más: junto á la empresa de erudición que Enrique Redel ha realizado con feliz acierto, ha de ponerse la de crítica juiciosa y serena que hace de los trabajos de su ilustre biografiado. No suela el público conceder sus favores á este linaje de libros; por ello es más de aplaudir el abnegado esfuerzo de los artistas que, como Redel, se afanan, sin esperar recompensa, por añadir timbres de gloria á la ciudad en que hallaron cuna.—Córdoba, 1904.—Precio del ejemplar: 1,50 pesetas.

Sonata de primavera.—*Memorias del Marqués de Bradomín.*—Tan interesante y linda como las anteriormente publicadas es esta nueva *Sonata*, en la que el notable escritor D. Ramón del Valle-Inclán cuenta en páginas admirables los devaneos juveniles del fantástico, «feo y sentimental» Tenorio blasonado con el título de Marqués de Bradomín.

Valle-Inclán es hoy, sin disputa, uno de los primeros prosistas españoles; los capítulos de su libro son obras maravillosamente cinceladas con cincel de un estilo impecable; los relatos son bellos, y el aplauso al autor de la *Sonata de primavera* sería unánime y sin reservas, á corresponder al Juro del libro á la hermosura y corrección de la forma. Pero el fondo de este fragmento de las *Memorias amables* de Bradomín es de índole tal, que su lectura sólo es lícita á hombres barbados.—Madrid, 1904.—De venta en todas las librerías.

La Tonta.—Acaba de publicarse esta ingeniosísima novela original de D. Ramón de Solano y Polanco, premiada en el concurso de la conocida *Biblioteca Patria*.

Sobre la cubierta, mira con los colores nacionales agradablemente entonados, vese el retrato del laureado autor de *La Tonta*, así como en todos los tomos de la *Biblioteca* figurarán los de los demás autores premiados.

De la novela *La Tonta*, considerada por el Jurado del concurso como verdadera obra artística, ha dicho el Ilustre Perado lo siguiente:

«Con ser el mismo (que el de *La Golondrina*, del señor Menéndez y Pelayo) el sano ambiente que circula en sus páginas, hay en el asunto de *La Tonta* una marcha desembarazada y valiente que atrae; cierto *bien-haber* sin violencias ni tropezones; personajes bien concebidos, algunos muy pormenorizados; interés por tanto, en la fábula, y un aura de poesía que no abandona nunca á sus tendencias románticas.»—Madrid, 1904.—Precio: 2 pesetas.

Sociedad Española de Beneficencia de Santiago de Chile.—*Memorias 5.ª y 6.ª*, correspondientes, respectivamente, al primer semestre de 1903 y al primer semestre de 1904.

Cuina de la nobleza española.—El cuaderno 93 de esta interesante obra, que viene publicando el Sr. Conde de Cazalla del Río, contiene noticias de los Marquesados, comprendidos por orden alfabético, desde el de Corvera hasta el de Corvera.—Madrid, 1904.—Precio de cada cuaderno, una peseta.

BIFOSFITOS CLIMENT
SALUDABLE
CURA la Anemia, Tisis, Debilidad, Esquifilia, Inapetencia.
Exigase el legítimo jarro marca SALUD.
UNICO aprobado por la Real Academia de Medicina.

Aquí y en la Patagonia, y en Rusia como en Sajonia, el rico y el más modesto usan **Agua de Colonia.** ¡La de Orive, por supuesto!

LA SALUD PARA TODOS
sin medicina, por la deliciosa harina de salud
LA REVALENTA ARÁBIGA DU BARRY
DE LONDRES
Cura las digestiones laboriosas (dispepsias), gastritis, acedias, disenteria, pituitas, náuseas, fiebres, estreñimientos, diarreas, cólicos, tos, diabetes, debilidad, todos los desórdenes del pecho, bronquios, vejiga, hígado, riñones y sangre.—60 años de buen éxito, renovando las constituciones más agotadas por la vejez, el trabajo ó los excesos. Es también el mejor alimento para criar á los niños.—DEPÓSITO GENERAL: Viday y Ribas, Barcelona, y en casa de todos los buenos boticarios y ultramarinos de la Península y Ultramar.—DU BARRY Y CIA., 77, Regent Street, Londres.

Medalla de oro en Náples y Barcelona
ANTI-DIABETES SURROCA Marca registrada.
Infalible para la diabetes. Iniciada la mejoría, sigue hasta la completa curación. Atenerse al prospecto, 15 pesetas caja.—J. SURROCA, botica, Badalona.—Se manda por correo previo pago. Véndese en droguerías y farmacias. En Madrid, Melchor Garcia, Capellanes, 1.

EAU DE TOILETTE
LUBIN
ENFERMEDADES del ESTÓMAGO.—Prescripto por eminentes médicos. Franco, 3,50 frs.—Cosset, farma.—118, rue Rennes, París.

NO SE DEVELVEN LOS ORIGINALES
Impreso con tinta de la fábrica LORILLEUX y C.ª, 16, rue Suger, París.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.
El papel de este periódico es de la fábrica LA FASCO-BELGA (Rentería).

MADRID.—Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.
(Propiedad de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.)